



Ceferino Suárez Bravo

# ¡Es un ángel!

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Ceferino Suárez Bravo**

## **¡Es un ángel!**

PERSONAJES:

MATILDE  
ELENA (su hija)  
SERAFINA (ama de llaves)  
DON FÉLIX  
DON PEDRO (padre de Matilde)  
EL VIZCONDE  
UN CRIADO

La escena pasa en Madrid.

Acto primero  
Habitación elegante con dos puertas laterales y una en el fondo.

Escena I

EL VIZCONDE, SERAFINA.

SERAFINA.  
Que usted porfíe es en vano.

VIZCONDE.  
¿Por qué tal tenacidad?

SERAFINA.  
¡Yo, a una niña de su edad!...

VIZCONDE.  
Aspiro a obtener su mano,

que es muy recta mi intención...

SERAFINA.

¡Oh! no la pongo yo en duda...

pero su lengua no es muda;

mueva usted su corazón.

VIZCONDE.

¡Qué diablo! no sé por qué...

pero es tan seria mi prima;

que el hablarla me da grima

de mi amor... y ya se ve...

ella... con su aire inocente,

me da unas contestaciones...

SERAFINA.

No tema usted, ¡aprensiones!

VIZCONDE.

Yo, que soy tan elocuente,

me trabuco... y...

SERAFINA.

¿Qué sería

si usted la tuviese amor?

VIZCONDE.

¡Usted duda!...

SERAFINA.

Sí señor.

VIZCONDE.

Pero...

SERAFINA.

Es vana esa porfía.

VIZCONDE.

Sólo mi pasión violenta

me hace andar tras ella al trote.

SERAFINA.

¿A quién no mueve una dote

de seis mil duros de reina?

Y usted, que está algo atrasado...

VIZCONDE.

¡Atrasado! no en verdad.

Mi casa es de calidad...

soy noble...

SERAFINA.

Pero arruinado.

Y hoy día, bien sabe usted

que más papel, no es ultraje,

hace un plebeyo en carruaje,

que un señor vizconde a pie.

VIZCONDE.

Yo sostengo dignamente

de mi cuna la hidalguía,

vivo con economía,

sí, pero elegantemente.

De lujo no hago jactancia,

mas, cual puede usted advertir,

consulto para vestir

los figurines de Francia.

Si mi renta no me deja

ir en coche...

SERAFINA.

Usted tenía

una yegua...

VIZCONDE.

Sí, Athalía:

¡pobre! se ha muerto de vieja.

Desde entonces, no hay remedio...

SERAFINA.

Hace usted a pie el Amadis.

VIZCONDE.

Hay más: he estado en París.

SERAFINA.

¿Cuánto?

VIZCONDE.

¡Dos días y medio!

SERAFINA.

Conocerá usted muy mal

sus costumbres...

VIZCONDE.

No lo siento;

que las conozco aparento,

que para el caso es igual.

Ya ve usted que sin rebozo

puedo aspirar a la mano

de mi hermosa prima.

SERAFINA.

¡Es llano!

VIZCONDE.

Si llega a amarme, ¡qué gozo!

SERAFINA.

De usted el triunfo será.

VIZCONDE.

Sin embargo, yo recelo...

que otro haya echado el anzuelo

con más fortuna quizá.

SERAFINA.

Persiga usted bien la caza,

que no es en amor tan lego.

VIZCONDE.

Es que siempre que yo llego

ya está ocupada la plaza.

Es con la damas fatal

mi suerte: ¡alguna me ha dicho

que prefiriera al capricho

de amarme, echarse al canal!

SERAFINA.

¡Pobre Vizconde!

VIZCONDE.

Mi prima

es muy amable; eso sí.

Mas... temo que otro haya aquí

conquistado antes su estima.

Ese don Félix...

SERAFINA.

¿Tal vez

le ha vuelto a infundir sospecha?

VIZCONDE.

¿Y quién el temor desecha?...

SERAFINA.

Debe desecharle usted.

VIZCONDE.

¿No tiene en la casa entrada

a todas horas?

SERAFINA.

Verdad.

VIZCONDE.

¿No habla con intimidad

a mi prima?

SERAFINA.

Pues no hay nada.

Si de guardar el secreto

palabra formal me diera...

VIZCONDE.

¡Oh! con tal que yo supiera...

SERAFINA.

¿Promete usted?...

VIZCONDE.

Lo prometo.

SERAFINA.

Pues si tanto le interesa,

sepa que no es su primita

por quien don Félix palpita.

VIZCONDE.

¿Pues quién?

SERAFINA.

Es por la marquesa.

VIZCONDE.

¿Mi tía! ¿qué dice usted?...

SERAFINA.

La verdad, señor vizconde.

VIZCONDE.

Pero... ¿ella le corresponde?

SERAFINA.

Tres años de su viudez

no habían pasado, y los dos

ya se amaban tiernamente.

VIZCONDE.

Entonces ¿qué inconveniente?...

SERAFINA.

Lo diré, ¡oiga usted por Dios!

VIZCONDE.

¡Ella, que es tan susceptible!

SERAFINA.

Y no lo piensa usted en vano,

que ofreció al galán su mano.

VIZCONDE.

¿Y él?

SERAFINA.

Rehusó.

VIZCONDE.

¡Es imposible!

Un hombre sin posición,

sin fortuna...

SERAFINA.

Pues por eso:

de su orgullo en el exceso...

VIZCONDE.

¡Hay semejante aprensión!

¿Y después?

SERAFINA.

Tal fue el pesar

que esto causó a mi señora,

que enfermó: usted no lo ignora.

VIZCONDE.

¡Quién pudiera adivinar

que esa la causa sería!

Pero ¿y él?

SERAFINA.

¡Qué sentimiento!

No se apartó ni un momento

de su lado.

VIZCONDE.

¡Hay tal porfía!

SERAFINA.

La convalecencia fue

muy larga, y por completar

su curación, que marchar

tuvo a los baños.

VIZCONDE.

Lo sé.

SERAFINA.

De ellos anoche llegó,

del todo restablecida.

VIZCONDE.

¿Y qué causó la salida

de mi prima, a quien dejó

en el colegio encerrada

cuando se marchó de aquí?

SERAFINA.

Fue el general quien de allí

la sacó, pues acabada

era ya su educación.

Sabe usted cuánto cariño

profesa a su nieta: un niño

con ella, ¡y tan regañón

con los demás!

VIZCONDE.

Y después

de tal desaire, ¿ha podido

mi tía darle al olvido?

¿demuestra algún interés

por don Félix?

SERAFINA.

¿Por qué no?

¡más, que nunca!

VIZCONDE.

¡Está demente!

¿y el antiguo inconveniente?

SERAFINA.

Ese estorbo ya cesó.

VIZCONDE.

¿Pues?

SERAFINA.

Don Félix ha heredado

una cuantiosa fortuna

VIZCONDE.

Según eso, ya ninguna

causa el lazo suspirado

podrá impedir...

SERAFINA.

Ciertamente.

VIZCONDE.

¡Oh placer! ¡y yo creía

que a mi prima pretendía!

Pues ahora fácilmente,

siendo libre, conquistar

podré yo su corazón.

Mío será el galardón,

si usted me quiere ayudar.

SERAFINA.

¿Qué es lo que yo puedo hacer?

VIZCONDE.

Declárele usted la llama

que mi corazón inflama.

Si hablo yo, lo echo a perder...

¿Me da usted palabra?

SERAFINA.

Sí.

VIZCONDE.

Entonces ya no me arredro.

SERAFINA.

¡Chis! aquí viene don Pedro...

Escena II

Dichos: D. PEDRO por la derecha.

PEDRO.

¿Tan temprano por aquí?

VIZCONDE.

De la salud de mi tía

me vine a informar.

PEDRO.

Muy buena.

La han probado bien los baños:

su curación es completa.

Serafina, que en su cuarto

te está ya esperando Elena.

SERAFINA.

¿La señorita? allá voy.

(Sale)

VIZCONDE.

Mucho quiere usted a su nieta.

PEDRO.

Su prima de usted es un ángel,

Vizconde: Matilde y ella

se reparten mi cariño.

Cuando a curar sus dolencias

marchó a los baños mi hija,

asuntos de trascendencia

me impidieron alejarme

de la corte. Eran apenas

trascurridos los dos meses,

y de Matilde la ausencia

so me hacía ya insufrible.

Yo, acostumbrado a su tierna

solicitud, me encontraba

triste; entonces de mi nieta

me acordé; la soledad

insoponible me era;

la saqué de entre las manos

de su inflexible maestra

de colegio, y a mi pecho

restituyó su presencia

la antigua calma, la antigua

satisfacción que perdiera,

que ahora con la venida

de Matilde es ya completa.

VIZCONDE.

(Aparte.)

Si yo pudiera explorar

sus intenciones acerca

de mi prima... -Y sabe usted

que todo el mundo celebra

su talento, su donaire...

PEDRO.

¡Ya lo creo!

VIZCONDE.

¡Y su belleza!

PEDRO.

Eso, acá para internos,

la niña es como una perla;

y el perillán qué consiga

interesarla...

VIZCONDE.

(Aparte.)

¡Quién fuera

tan dichoso! -Ciertamente;

pocos serán los que puedan

aspirar a tanta dicha.

¡Su hermosura! ¡Su modestia!...

PEDRO.

Y no olvide usted su dote.

VIZCONDE.

¡Oh! ¡Quién de dote se acuerda!

PEDRO.

Sin embargo, una fortuna

de seis mil duros de renta,

sin contar con otro tanto

que a mi muerte...

VIZCONDE.

(Aparte.)

¡Santa Tecla!

PEDRO.

Le corresponde; no es cosa,

no, que despreciarse deba.

VIZCONDE.

¡Ca! no señor; al contrario...

Eso, agregado a las prendas

de que hablamos, el valor

de su posesión aumentan.-

(Aparte.)

¡Doce mil duros!

PEDRO.

Usted,

como joven, aún no aprecia...

VIZCONDE.  
¡Oh! crea usted...

(Aparte.)

Es preciso

que yo la haga vizcondesa.

PEDRO.  
Ya es la una; yo me voy

(Mirando el reloj.)

al senado; bien quisiera

escusarlo; mas hoy debo

prestar apoyo a un colega

que interpelará al gobierno.

¿Se queda usted?

VIZCONDE.  
La marquesa,

aún estará descansando.

PEDRO.  
Sabe usted lo que molesta

un viaje.

VIZCONDE.

Sí, me voy.

Vendré más tarde.

PEDRO.

Ahora empieza

la sesión; si presenciara

quiere usted, abajo espera

mi carruaje.

VIZCONDE.

(Aparte.)

Procuremos,

porque al fin nos tendrá cuenta,

captarnos su amistad. -Bien;

acepto su amable oferta.

PEDRO.

Pues vamos.

VIZCONDE.

(Aparte.)

¡Doce mil duros!

¡mi causa el cielo proteja!

Escena III

ELENA, SERAFINA, por la izquierda.

ELENA.

Déjame en paz, Serafina:

¡siempre de mi primo hablando!

¿por ventura no le aprecio?

¿acaso no le he mostrado

que mi corazón no olvida

nunca aquellos tiernos años

que en infantiles recreos

entrambos juntos pasamos?

SERAFINA.

Es verdad, pero él desea

cariño más acendrado;

menos tranquilo.

ELENA.

No entiendo...

SERAFINA.

(Aparte.)

¡Qué inocente!

ELENA.

¿Pues acaso

existe afecto más puro

que la amistad?... No lo alcanzo.

SERAFINA.

Yo sí; más tiene otro nombre

para el corazón más grato.

ELENA.

¿Otro nombre?

SERAFINA.

Sí.

ELENA.

¿Cuál es?

SERAFINA.

Debe usted adivinarlo.

Se llama...

ELENA.

¿Amor?

SERAFINA.

Eso mismo.

Parece no serle extraño

a usted ese nombre...

ELENA.

Tal vez.

Pero he oído pronunciarlo

con frecuencia: por instinto

lo adiviné.

SERAFINA.

Bien: ¿y acaso

sabe lo que significa

esa palabra?

ELENA.

Es en vano

la pregunta: yo no puedo

contestar.

SERAFINA.

¡Hola! veamos.

ELENA.

Mientras viví en el colegio,

muchas veces sin pensarlo

a algunas de mis amigas

oí pronunciar muy bajo

ese nombre. A comprender

su temor nunca he llegado.

SERAFINA.

(Aparte.)

¡Miren las colegialitas!

ELENA.

Pero yo, nunca hice caso;

te lo juro.

SERAFINA.

¿Y bien? después...

ELENA.

Después... no me atrevo...

SERAFINA.

Vamos.

ELENA.

Esto hace muy poco tiempo...

después de salir...

SERAFINA.

Ya caigo...

del colegio; siga usted...

ELENA.

Pues bien... Pero no hagas caso...

son visiones nada más...

SERAFINA.

Si usted se empeña en callarlo...

ELENA.

Ya te contaré otro día...

SERAFINA.

A gusto de usted. Extraño

que don Félix todavía

por aquí no haya llegado.

ELENA.

¿Don Félix? Suele venir

más tarde.

SERAFINA.

Es que hoy sin embargo,

debe de hallarse impaciente

por ver...

(Aparte.)

¡Pero iba a contárselo!

¡qué necia soy!

ELENA.

Vamos, di.

SERAFINA.

Será enterarla escusado...

de la amistad...

ELENA.

¿Que mamá

le profesas?

SERAFINA.

¡Y que une a entrambos!

ELENA.

Ya lo sé.

SERAFINA.

Pues por lo mismo,

decía que hoy más temprano

vendrá don Félix. Después

de una ausencia de medio año,

es natural que deseos

tengan de verse.

ELENA.

Eso es llano.

Y del afecto es muy digno

que mamá...

SERAFINA.

(Mirando por el fondo.)

Pero oigo pasos.

Don Félix.

ELENA.

¿Es él?

SERAFINA.

Yo bien

decía. Corro volando

a avisar a la señora.

(Aparte.)

No la pesará el recado.

(Vase.)

ELENA.

¡Yo no sé por qué palpita

mi corazón al mirarlo,

con tal violencia!

Escena IV

ELENA, D. FÉLIX, por el fondo.

FÉLIX.

(Recorriendo la habitación con la vista y sin ver a Elena.)

¡No está!

ELENA.

Señor don Félix...

FÉLIX.

Perdón,

Elena, a mi distracción.

Aún no había visto... ¿Y mamá?

ELENA.

Pronto vendrá por aquí.

Tome usted asiento.

FÉLIX.

(Sentándose al lado de Elena.)

Eso haré.

(Aparte.)

Mal mi impaciencia podré

contener. -Es para mí

el día de su regreso

día de felicidad.

ELENA.

Sé muy bien, que su amistad...

FÉLIX.

Es profunda; lo confieso.

Y jamás, Elena, olvido

que el martirio de su ausencia,

sólo la dulce presencia

de usted calmar ha podido.

¿La ama usted mucho?

ELENA.

Eso sí,

¿Quién de amarla dejaría?

que en sus brazos moriría

de gozo al verla creí.

Sin padre en edad temprana

halló en ella mi ventura

de una madre la ternura,

la indulgencia de una hermana.

De tierna conformidad

nos une el lazo profundo,

y ella tan solo en el mundo

basta a mi felicidad.

FÉLIX.

¿Ella tan solo?

ELENA.

¿Eso dije?

FÉLIX.

¿No hay en ese corazón

lugar para otra afección?

ELENA.

¿Por ventura esto le aflige?

FÉLIX.

No, fuera mucho pedir,

y a tal mi ambición no aspira,

del interés que me inspira

correspondencia exigir.

ELENA.

Crea ustedno soy extraña

FÉLIX.

Pero pronto lograré

lo que ahora en vano sé

que imploro.

ELENA.

(Aparte.)

¡Cómo se engaña!

FÉLIX.

Dos meses hace no más

que conozco a usted, Elena,

y el afán que la enajena

ya he descubierto quizás.

Al lado de usted, constantes

mis ojos, han procurado

ver y al fin han encontrado

síntomas harto alarmantes.

Yo aunque joven, he corrido

el mundo, y en pocos años

de experiencia y desengaños

gran cosecha he recogido:

y usted en la edad felice

de las castas ilusiones

ocultar sus impresiones

aun no ha podido.

ELENA.  
(Aparte.)

¡Qué dice!-

Yo, don Félix...

(Aparte.)

¡Qué rubor!

FÉLIX.  
Más precio a mis ojos tiene

ese...

(Aparte.)

¡Y Matilde no viene!

ELENA.  
(Con interés.)

Siga usted...

FÉLIX.  
Noble candor,

que un donaire de sirena:

por eso, si tal deseo,

mejor que en un libro, leo

en esos ojos, Elena.

ELENA.  
¿Y en ellos, qué lee usted?

(Aparte.)

¡Mal sofoco mi emoción!

FÉLIX.  
Leo que ese corazón

ama por primera vez.

ELENA.  
¡Cómo!

FÉLIX.

¿No es verdad?

ELENA.

(Aparte.)

¡Dios mío!-

Yo no lo sé.

FÉLIX.

¡Pues lo extraño!

¿no sabe usted si me engaño?

ELENA.

No...

FÉLIX.

(Aparte.)

¡Pues me ha dejado frío!

¡posible es tanto candor!-

¿No siente usted?...

ELENA.

Siento sí,

que hay una inquietud aquí;

pero ignoro si es amor.

FÉLIX.

¿Y en el colegio tal vez

esa inquietud no ha sentido?

ELENA.

No.

FÉLIX.

¿Y después?

ELENA.

Después ha sido.

FÉLIX.

Voy a explicárselo a usted.

ELENA.

(Con viveza.)

No; yo nada saber quiero.

FÉLIX.

Pues si en ello insisto yo,

no es curiosidad, sino

un interés verdadero.

La inquietud que sin saber

cómo, de usted se apodera,

tal vez decir no pudiera

si es tormento o si es placer.

Es un vago sentimiento

muy difícil de explicar,

que hace unas veces llorar,

y otras reír de contento.

Es una inquietud que viene

sin sentir del corazón,

y en perpetua distracción

la mente absorvida tiene.

Llano cubierto de flores

o pendiente inaccesible;

mezcla extraña, incomprensible

de placeres y dolores.

Nunca la mente estará

de su esclavitud ajena.

ELENA.

¡Oh!

FÉLIX.

¿No es esto, bella Elena,

lo que usted sintiendo está?

¡Y Matilde!

(Aparte.)

ELENA.  
(Aparte.)

¡Resistir

quién podrá su noble acento!-

Todo eso don Félix siento...

pero...

FÉLIX.  
Voy a concluir.

y ese delirio sin nombre;

sepa usted al fin lo que siente,

¿no se presenta a su mente

bajo la forma de un hombre?

ELENA.  
¡Oh!... ¡basta ya!

FÉLIX.  
Ese rubor,

más que todo lo acredita;

y la inquietud que le agita...

ELENA.

¡Ah! calle usted...

FÉLIX.

Es amor,

ELENA.

No...

FÉLIX.

¿Y ese mortal será

digno de pasión tan fiel?

ELENA.

(Con entusiasmo.)

¡Oh! ¡sí! ninguno como él.

(Aparte.)

¡Dios mío! lo he dicho va.

FÉLIX.

¿Y su nombre?

ELENA.

(Con repentina confusión.)

Es mi secreto.

FÉLIX.

El momento es oportuno.

ELENA.

A usted... ¡menos que a ninguno!

FÉLIX.

Yo su voluntad respeto...

pero...

ELENA.

Alguien llega... ¡es mamá!

FÉLIX.

Si es tan honda la raíz...

ELENA.

¡Ah!

FÉLIX.

Yo la haré a usted feliz.

¡Ella es!

(Viendo a Matilde y aparte.)

ELENA.

(Aparte.)

¿Si me amaré?

Escena V

Dichos, MATILDE por la izquierda.

MATILDE.

Félix...

FÉLIX.

(Con viveza.)

¡Matilde!

(Reponiéndose.)

Señora

(Aparte.)

¡Qué hermosa!

MATILDE.  
(Aparte.)

¡Mi corazón

late de gozo al mirarle!

FÉLIX.  
Mucho mi contento es hoy;

pues después de tal ausencia,

que eterna juzgaba yo;

del placer de ver su rostro

gozando por fin estoy.

MATILDE.  
Sabe usted que no es, don Félix,

ingrato mi corazón,

y que si es grande su dicha

no es mi alegría menor.

FÉLIX.  
Elena con su presencia

mis pesares endulzó,

y a su lado para mí

corrió el tiempo más veloz.

Somos muy amigos ya,

y espero que desde hoy

más crecerá nuestro afecto.

MATILDE.

(A Elena.)

Pues conoces al señor

don Félix, querida Elena,

inútil contemplo yo

todo el afecto ensalzarte

que nos ha unido a los dos.

ELENA.

Mamá, don Félix no ignora...

FÉLIX.

Nada... y ventura mayor

no deseo que encontrarme

(A Matilde con intención.)

algún día en posición

de hacer algo por su dicha.

MATILDE.  
(Lo mismo a D. Félix.)

Será pronto.

ELENA.  
(Aparte.)

¡Oigale Dios!

MATILDE.  
Y ¿que tal, señor Pacheco,

por Madrid no hay variación

desde mi ausencia?

FÉLIX.  
Ninguna.

MATILDE.  
¡Cómo! seis meses ¡que horror!

vivir de una misma suerte

la sociedad comme il faut

de la corte!

FÉLIX.  
A no ser que

cuenta a usted las de rigor

que los diarios de París

nos importan.

MATILDE.

¿Puedo yo

hablar de otras? ¿Pues acaso

ignoro ¡líbreme Dios!

que en materias de buen gusto

no tenemos opinión

propia?

FÉLIX.

Y hacemos muy bien,

señora: ¿no es un favor

ahorrarnos el trabajo

de pensar en la invención

de la caprichosa moda?

¡Pensar nosotros! ¡qué horror!

¡si hacemos lo que otros piensan,

demos mil gracias a Dios!

(Inclinándose.)

Si ustedes me dan licencia...

MATILDE.  
¿Nos deja usted?

FÉLIX.  
Es razón

no importunar.

(A Matilde en voz baja.)

Volveré:

procura estar sola.

MATILDE.  
(Ídem a D. Félix.)

Yo

te lo prometo.

FÉLIX.  
A los pies

de ustedes...

MATILDE.  
Pacheco...

ELENA.  
Adiós.

(Sale D. Félix por el fondo.)

Escena VI

MATILDE, ELENA.

MATILDE.

Pues solas nos han dejado,

ven a mi lado, hija mía:

¡este instante de alegría

cuánto tiempo he deseado!

Mi ausencia y mi enfermedad

rompieron nuestra cadena:

¡cuánto he padecido, Elena,

lejos de ti! ¿No es verdad

que tú también noche y día

lloraste de mí apartada,

y que nada pudo, nada

consolarte?

ELENA.

(Echándose en sus brazos.)

¡Oh, madre mía!

MATILDE.

No temas: desde hoy jamás

a alejarnos volveremos;

juntas siempre viviremos...

(Contemplando a su hija y besándola en la frente.)

¡Elena, qué hermosa estás!

ELENA.

Con eso no has de engañarme:

más lo estás tú...

MATILDE.

¡Aduladora!

¡tú debes tener ahora

muchas cosas que contarme!

ELENA.

¡Yo... mamá!

MATILDE.

No temas nada,

pues yo también te prometo

revelar cierto secreto...

¡pero has de ser reservada!

ELENA.

Esa duda injusta es:

cuenta con mi discreción...

MATILDE.

Sí; pero antm es razón

que hables tú...

ELENA.

No, no; después.

Con eso me animarás...

MATILDE.

¡Hola! veo que hay progreso...

ELENA.

Vaya; sí me dices eso,

ni una palabra sabrás.

MATILDE.

No hagas caso.

ELENA.

Es que supones...

MATILDE.

Pues para darte una prueba

de mi ternura, la nueva

que hoy colma mis ilusiones

voy a decirte, hija mía.

ELENA.

No sabes cuánto interés

tengo en saberlo...

MATILDE.

¿Y después?

ELENA.

¡Tener secretos podría

para ti!

MATILDE.  
(Aparte.)

¡Qué ingenuidad!-

Sabe que he determinado

volver a tomar estado.

ELENA.  
¡Qué me dices!

MATILDE.  
¿No es verdad

que es mi proyecto el mejor?

ELENA.  
Mi razón no le condena.

MATILDE.  
Mas que la razón, Elena,

tiene en él parte el amor.

ELENA.  
¿Cómo? ¿el amor?

(Aparte.)

¡También ella!

MATILDE.  
Seis años de libertad;

viuda, rica y en la edad

para el placer la más bella;

la tirana sujeción

huyendo del ciego niño,

guardó entero su cariño

para tí mi corazón.

Do quiera me perseguía

de amantes turba importuna:

los unos por mi fortuna,

que es hoy prenda de valía:

los otros, y eran los más,

sólo por imitación;

mariposas de salón

que cual yo despreciarás.

A conservar decidida

mi libertad toda entera,

ya empezaba ¡qué quimera!

a creerme guarecida

de esa tirana pasión...

¡Delirios!

ELENA.  
(Con interés.)

Prosigue.

MATILDE.

Fui

víctima cuando creí

más fuerte mi corazón.

Entre los que con afán

me asediaban noche y día,

un joven se distinguía

de airoso y noble ademán.

Su reserva me admiraba;

nunca una frase galante

me dirigió, ni de amante

el puesto solicitaba;

y sin embargo, do quier

que me llevara el deseo,

en la calle, en el paseo,

su grata presencia a ver

estaba ya acostumbrada,

y si encontrarla quería,

buscando hallaba la mía

siempre su triste mirada.

Al principio, ya se ve,

indiferente me era,

mas después de tal manera

a verle me acostumbré,

que en los sitios que frecuente

tras mí siempre le mostraban

ya mis ojos lo buscaban

casi involuntariamente.

ELENA.

¡Hola!

MATILDE.

¡Síntoma fatal!

ELENA.

Y si después no lo vías

como otras veres, volvías

a casa triste...

MATILDE.

¡Cabal!

¿pero cómo?...

ELENA.

Y fue creciendo

tu ansiedad; y cada día

el joven te parecía

más bello.

MATILDE.

¡Qué estás diciendo!

ELENA.

Ya no soy tan ignorante...

¡Y siempre que le mirabas

un gozo experimentabas!...

y subía a tu semblante,

sin sabor cómo el rubor;

su acento te estremecía;

en él pensabas de día,

y el sueño reparador

con su imagen te acosaba...

y si al verle, fuerte nudo

ligaba tu labio mudo,

¡tu corazón le llamaba!

MATILDE.

(Con creciente inquietud.)

¡Elena! hija mía, di,

¿alguna vez has sentido

lo que dices?

ELENA.

(Confusa.)

Yo he querido...

hablar tan solo de ti.

MATILDE.

Después de haberte escuchado

engañarme fuera error;

¡para pintar el amor

es preciso haber amado!

No temas nada, hija mía:

¡tú secretos para mí!

¿la confianza perdí

que te inspiraba algun día?

ELENA.

¡Oh! no.

MATILDE.

Sepa yo si el mal...

ELENA.

Cuando tú ine hayas contado...

MATILDE.

No, Elena, que has alarmado

mi cariño maternal.

Tú amas a un joven, ¿no es cierto?

ELENA.

Yo decírtelo quería...

MATILDE.

Tal vez en ausencia mía,

te habrá alguno descubierto

su pasión...

ELENA.

No, te lo juro.

Yo le amé, sin que él mostrara...

MATILDE.

¿Y si acaso no te amara?

ELENA.

¡Moriría de seguro!

MATILDE.

¡Calla, Elena, por tu vida!

¿Y él sabe tu pasión, di?

ELENA.

A veces... creo que sí.

Pero otras...

MATILDE.

¡Hija querida!

dime ¿y le ves con frecuencia?

ELENA.

Con mucha...

(Aparte.)

En vano reprimo...

MATILDE.  
(Aparte.)

Don Félix solo y su primo

han entrado aquí en mi ausencia.

Si será... -¿Con que le ves?...

ELENA.  
Todos los días.

MATILDE.  
¿En dónde?

ELENA.  
Aquí.

MATILDE.  
¿Tu primo el Vizconde?

ELENA.  
No es ese.

MATILDE.  
¿Con que no es?

ELENA.  
Debieras ya conocerlo...

MATILDE.  
(Acometida de una idea.)

(Aparte.)

¡Cielos!

ELENA.  
Te he dicho bastante...

de aquí salió hace un instante...

Es...

MATILDE.  
(Tapándola la boca, y con la mayor agitación.)

¡No, no quiero saberlo!...

ELENA.  
(Asustada.)

¡Dios mío! ¡qué palidez!

MATILDE.  
No... es nada...

ELENA.  
¡Esa conmoción!...

MATILDE.  
(Aparte.)

¡Calla y sufre, corazón!

ELENA.  
Su nombre al saber tal vez...

MATILDE.  
No... lo ignoro todavía...

fue un vapor... ¡Ya se pasó!...

ELENA.  
¿No has adivinado?...

MATILDE.  
No...

¿me has dicho acaso?...

ELENA.

Creía...

MATILDE.

Quien tu cariño enajena...

¿no es tu primo?...

ELENA.

No, mamá.

No es él...

MATILDE.

(Haciendo un esfuerzo sobre sí misma.)

Don Félix... quizá...

(Pausa.)

¡Don Félix!... ¿no es cierto, Elena?

Tú ¡pobre niña inocente!

¿acogiste con ardor

las protestas de su amor?

ELENA.

¡Oh! no le acuses... detente.

Yo le amo... no sé por qué.

MATILDE.

Y él, ¿no te ha dicho?...

ELENA.

Jamás.

MATILDE.

(Aparte.)

¡Oh! ¿será cierto? -Quizás,

Elena, mal me expliqué.

Te habrá pintado el amor

como tú lo has hecho antes,

con maneras insinuantes...

¡con acento... seductor!...

¡Callas! sí, y tú le escuchaste...

ELENA.

¡Me haces... un daño cruel!...

MATILDE.

¡Y en sus palabras... la hiel

de la pasión apuraste!...

(Aparte.)

¡Yo estoy loca!

ELENA.

Madre mía,

¿por qué tu rostro se altera?

¿qué tienes?

MATILDE.  
(Aparte.)

Si lo supiera,

¡de vergüenza moriría!-

Ve, estar sola... necesito...

ELENA.  
¡Ya me alejas de tu lado!

¡y sufres!

MATILDE.  
Te has engañado...

que nada tengo... repito...

¿No ves... qué tranquila estoy?...

Vete... y la inquietud serena...

Yo te lo suplico... Elena...

(Después de una pausa.)

Te lo mando.

ELENA.  
Ya... me voy...

Saber la causa quería...

tal dureza no merezco...

(Sin poder contener las lágrimas.)

Usted manda... yo obedezco...

MATILDE.

(Aparte.)

¡Ay! -¡Elena!...

ELENA.

(Volviéndose y echándose en sus brazos.)

¡Madre mía!

(Quedan un momento abrazadas: Elena se desprende de los brazos de su inadre, y se retira por el fondo.)

¡Adiós!

(Vase.)

Escena VII

MATILDE, sola, y con la mayor agitación.

MATILDE.

¡Por fin puedo ya

dar libre rienda al dolor,

al despecho y al furor

que en mi pecho hirviendo está!

¡No es una ilusión cruel!

¡soy engañada... vendida...

yo que le amaba, y la vida

gustosa diera por él!

¡Yo que al verle hace un instante

sentí un placer infinito,

y que apenas pude el grito

sofocar del pecho amante!

¿Y no he de vengarme? Si...

Yo haré... amante desleal,

que tú y la indigna rival...

Pero, ¿qué he dicho? ¡ay de mí!

¿No es mi hija? Ella es... ella

la que me robó su amor...

la que tal vez el traidor

habrá encontrado más bella...

más pura... más inocente...

Ella que en su pecho abrigo

dio a la pasión... ¡Mas qué digo!

¡madre sin piedad... detente!

Hartas sus desdichas son

sin que aumentes sus desvelos;

calla y sufre, aunque los celos

abrasen tu corazón.

¡Celos! ese mal terrible

a sufrir de hoy te prevén...

¡Tienes celos! ¿y de quién?

de tu hija; ¡esto es horrible!

Mas... ¿si acaso me he engañado?

¿Si Félix siempre rendido

causa involuntaria ha sido

que ese amor ha despertado?

Si en su cariño constante...

me guarda entera su fe,

¿qué haré, Dios mío, qué haré?

¡Dudarlo puedo un instante!

En uno y otro lugar

miro un abismo de horror,

¡y entre el deber y el amor

no puedo titubear!

Amante perjuro o fiel;

tal sacrificio me ordena

la felicidad de Elena...

debo renunciar a él.

¡Adiós, soñada ventura!

¡Con mis labios sin temblar,

yo misma debo apurar

la copa de la amargura!

Mas... ¿qué engañosa ilusión

fraguando estoy en mi mente?...

¿Será Félix inocente?

¡No, que es cierta su traición!

Este fatal pensamiento

vuelve a mi pecho la hiel...

UN CRIADO.

(Anunciando por el fondo.)

Don Félix Pacheco.

MATILDE.

¡Es él!

¡Oh Dios!

(Al criado que se retira.)

Que espere un momento.

¡Oh! ¡que mi llanto no vea?

¡Valor tendré suficiente;

que al ver serena mi frente

feliz el traidor me crea!

¡No se goce en mi aflicción!

llevemos con valentía

en el rostro la alegría...

¡la muerte en el corazón!

Pueril valor no me infundo...

fingir bien está en mi mano...

¡Oh! ¡no he frecuentado en vano

la sociedad del gran mundo!

Que venga ya sin demora...

fría... impasible seré...

y si quiero... hasta podré...

reír... ¡como lo hago ahora!

Tal vez el falso vendrá

a encarecer su constante

pasión...

(Tirando de la campanilla, al criado que se presenta.)

Que pase adelante...

Casi verle anhelo ya.

Escena VIII

MATILDE, sentada, D. FÉLIX.

FÉLIX.  
(Entrando.)

¡Matilde!

MATILDE.  
¡Oh amigo mío!

veo que es usted puntual,

tome usted asiento. ¿Y qué tal?

FÉLIX.  
(Sentándose.)

Gracias.

(Aparte.)

me he quedado frío.

MATILDE.  
Perdone usted si le he hecho

esperar; mil pequeñeces

nos obligan muchas veces...

(Aparte.)

¡Oh! ¡que muera de despecho!...

Y siento que haya tal vez

a otra causa atribuido

el haberle detenido

más tiempo...

(Viendo a don Félix que vuelve la cabeza y registra la habitación con la vista.)

¿Qué mira usted?

FÉLIX.

(En voz baja.)

¿Nos está alguno escuchando?

MATILDE.

No, don Félix...

FÉLIX.

Yo creí...

MATILDE.

Los dos estamos aquí

solos...

FÉLIX.

(Aparte.)

¡Se estará burlando!

MATILDE.

Haberle ofendido temo...

FÉLIX.

Puedo engañarme tal vez,

pero...

MATILDE.

¿Qué?

FÉLIX.

¡La encuentro a usted

ceremoniosa en extremo!

MATILDE.

Que es mi deber, nadie ignora,

disculpas dar atenuantes...

FÉLIX.

¿Sí? Nos tratábamos antes

con más franqueza, señora.

MATILDE.

Tiene usted memoria fiel:

entonces, ¡sábelo Dios!

nos amábamos los dos,

mas ya pasó el tiempo aquel.

Todo la ausencia lo cura;

cuerdos fuimos en verdad,

porque al fin es la amistad

una afección más segura.

No nace y muere en un día;

del tiempo el curso resiste,

y entre nosotros existe

tan extraña simpatía,

que hasta en olvidar, no miento,

tan conformes hemos sido,

que a un tiempo hemos tenido

los dos igual pensamiento.

¡Y hay quien a jurar se atreve

la constancia en el amar!

Vaya, ¡empeño singular

en el siglo diez y nueve!

Y usted también lo juró...

y yo también lo juré...

y ahora salimos con que...

¡ríase usted como yo!...

FÉLIX.

Perdone usted mi egoísmo;

pero si reír pudiera,

¡risa a los labios pidiera

para reír de mí mismo!

De mí, que con ciego error

hasta aquí me había creído

un campeón aguerrido

en los combates de amor;

y al mirarme ya venciendo

en tan peligrosa lid,

soy víctima de un ardid

cuyo objeto aún no comprendo.

De mí, que en amante anhelo

coloqué a un ser ideal

en un alto pedestal...

y ahora le miro en el suelo.

De mí, a quien mostró su error

la que engendró sus engaños...

¡de mí, en fin, que a los treinta años

aun creía en el amor!

¡Oh! ría usted a su placer,

pues si reirme pudiera,

yo de mí mismo riyera...

pues... ¡hasta mas no poder!

MATILDE.

(Aparte.)

¡Oh! ¡me ha helado el corazón!...-

Pues según lo que he escuchado,

usted es el engañado...

yo cometí la traición.

Finge usted con maestría

y le doy mi parabién...

Mas yo sé arrancar también

la máscara a la falsía...

FÉLIX.

¡Matilde!

MATILDE.

(Aparte.)

¡Ya me he vendido!

FÉLIX.

Al fin la vida me has dado.

Lo que tu enojo ha cansado

celos son: lo he conocido.

En vano es negarlo, sí:

ya no extraño tu rigor...

¡Tienes celos! que mejor

me conocieras creí.

No es el capricho ligero

ni la impresión de un instante

lo que a ti me une constante;

¡es un amor verdadero!

Oye, Matilde: ¡también

yo en un tiempo me he burlado

de esa pasión, y arrastrado

por el mundano vaivén

en pos de triunfos pueriles,

con un vacío en el alma,

iba perdiendo la calma

de mis años juveniles!

De los placeres hastiado

que en mi delirio apuraba,

no existe el amor, pensaba,

pues yo en vano lo he buscado.

Mas te ví, y en un momento

conocí todo mi error;

ahora creo en el amor,

Matilde, por que lo siento.

MATILDE.  
(Aparte.)

¡Me ama!

FÉLIX.  
Que vuelvan tus ojos

a mirarme sin desdén:

¡oh! que no sean, mi bien,

tan crueles tus enojos.

¡Aún dudas de mi pasión!

tan dura no te creí:

¿no hay nada en mi acento, di,

que hable ya a tu corazón?

MATILDE.  
(Aparte.)

¡Qué he hecho, Dios mío!

FÉLIX.  
Refrena

ese rigor, que es injusto;

de tu frente el ceño adusto

ahuyenta, mi bien.

MATILDE.

(Aparte.)

¡Y Elena!

FÉLIX.

¿Quieres doblar mi altivez?

(Doblando una rodilla.)

Heme a tus plantas humilde.

¡Yo te amo siempre, Matilde!

MATILDE.

¡Y yo!... Yo no le amo a usted.

FÉLIX.

(Levantándose.)

¡Señora!

MATILDE.

(Aparte.)

Dadme valor,

o sucumbo, Dios clemente.-

Amor que es tan elocuente,

no es, don Félix el mejor...

Crea que es sincero... sí...

pero aunque en este momento...

sienta usted ese tormento...

pasará lejos de aquí.

Como no he de agradecerlo...

no sintiendo yo esa llama;

aunque usted... dice que me ama...

no... yo no quiero creerlo.

Será el recuerdo tal vez

de un tiempo que ya pasó...

la ausencia... mi amor... borró...

¡también borrará el de usted!

(D. Félix quiere hablar.)

Basta... nada quiero oír...

Sé que le he dado... es verdad...

de amor y fidelidad

pruebas mil... Que resistir

no pudiendo a la pasión,

mi fin he visto cercano...

que le he ofrecido mi mano...

¡Y bien! ¡tiene usted razón!

Perjura me creará...

falsa... ingrata... a su placer:

¡he engañado!... soy mujer...

¡no le amo a usted!...

FÉLIX.

(Con amargura.)

Bien está.

(Adelantándose a un ademán de Matilde.)

¡Oh! no terna usted una queja

de mis labios, ¡qué locura!

que es usted falsa, perjura,

ingrata; ¡costumbre añeja

de amores sentimentales!

Si yo la he engañado a usted,

que usted me engañe ¡pardiez!

eso es quedarnos iguales.

Además, yo solo ahora

la culpa de ello he tenido...

¡Usted la víctima ha sido!...

¡yo el verdugo! Mas, señora,

ese protesto de celos,

aunque bien imaginado,

no es nuevo; ya se ha gastado

mucho entre nuestros abuelos.

MATILDE.

(Con angustia.)

¡Don Félix!

FÉLIX.

La altiva frente

alce usted al cielo, señora;

humíllela yo en buen hora;

pero usted... ¡es inocente!

MATILDE.

¡Oh! que fuera usted creí

más generoso.

FÉLIX.

¡Locura!

¡generoso! ¿por ventura

lo ha sido usted para mí?

¿Podrá estéril compasión

en el curso de mi vida

curar la profunda herida

que llevo en el corazón?

MATILDE.

(Aparte.)

¡Oh! ¡la angustia no mitigo!-

¡Será mi amistad constante!

FÉLIX.  
¡Quien ha vendido al amante

mejor venderá al amigo!

MATILDE.  
(Aparte.)

¡Oh Dios! ¡no tiene piedad!-

Si usted a mis ruegos no accede...

FÉLIX.  
¡Ya entre nosotros no puede

haber, ni amor, ni amistad!

MATILDE.  
Acaso un día los dos

podremos mejor que ahora...

FÉLIX.  
¡No!... ¡para siempre, señora!

MATILDE.  
(Cayendo en un sofá y con acento desconsolador.)

¡Para siempre!

(D. Félix titubea un momento, va por fin a dirigirse a Matilde; pero esta se levanta y dice con firmeza.)

¡A Dios!

FÉLIX.  
(Yéndose.)

¡A Dios!

## FIN DEL ACTO PRIMERO

Acto segundo

Sala de descanso: puerta en el fondo por donde se ve una de las salas del baile: a la izquierda un grande espejo. Dos puertas laterales.

Escena I

EL VIZCONDE, por el fondo.

VIZCONDE.

No hay nadie. Me he adelantado

sin duda.

(Mirando el reloj.)

Aún no son las diez...

Mejor... así podré hablar

a mi prima sin tener

quien estorbe nuestra plática.

¡Si no alcanzo de esta vez

el logro de mis proyectos!...

(Se abre la puerta de la izquierda.)

¿Será Elena?

(Viendo a Serafina.)

Me engañé.

Es la respetable ama

de llaves: ¡cargue Luzbel

con ella!

Escena II

EL VIZCONDE, SERAFINA.

SERAFINA.

Señor Vizconde,

temprano ha llegado usted.

VIZCONDE.

Es verdad, soy el primero...

SERAFINA.

Y yo adivino por qué...

VIZCONDE.

Juro a usted que mi intención...

SERAFINA.

¿Acaso quiere usted hacer

el reservado conmigo?

VIZCONDE.

¡Oh! no. Sabe usted muy bien

que por el contrario, siempre

sus consejos escuché...

(Aparte.)

¡Si la disgusto, la guerra

me hará esta Matusalén!

SERAFINA.

Quiere usted hablar a solas,

con la señorita...

VIZCONDE.

¡Pues!

Digo, no es precisamente...

SERAFINA.

Vamos, en vano es querer

ocultarme...

(Con misterio.)

¡Se conoce

que no se descuida usted!

VIZCONDE.

¿Cómo?

SERAFINA.

Muy pocos momentos

hace, con grande interés,

me dijo que la avisara

de su llegada...

VIZCONDE.

¡Oh placer!

Si usted fuera tan amable...

SERAFINA.

Aún hay tiempo, ¿no sabré?...

VIZCONDE.

¡Es un secreto!

SERAFINA.

¡Un secreto!

¡y yo lo ignoro! muy bien.

VIZCONDE.

En otra ocasión...

SERAFINA.

No, no.

VIZCONDE.

(Aparte.)

Me ha pillado: al fin tendré...

SERAFINA.

¿Así paga usted, Vizconde,

el afán que en proteger

su pretensión he mostrado?...

VIZCONDE.

Yo siempre agradeceré...

SERAFINA.

¡Vaya! ¡existir un secretor,

y yo no saberlo!...

VIZCONDE.

Bien.

Nunca ha sido mi intención

ocultárselo: oiga usted.

SERAFINA.

Ya escucho.

VIZCONDE.

Con gran misterio,

Elena me ha dado ayer

una comisión difícil

que en cumplir he sido fiel.

SERAFINA.

Veamos.

VIZCONDE.

Usted no ignora,

cual yo, que desde hace un mes

don Félix en esta casa

los pies no ha vuelto a poner.

SERAFINA.

Ya usté a decirme el motivo...

VIZCONDE.

¿El motivo? no lo sé.

SERAFINA.

Sin duda él y la señora

están reñidos...

VIZCONDE.

Tal vez.

SERAFINA.

Lo cierto es, que desde entonces

huyó para no volver

de su rostro la alegría.

Su tristeza cada vez

va en aumento; y mucho temo...

VIZCONDE.

Pues ¿y Elena?

SERAFINA.

Ya se ve;

quiere tanto a su mamá

que se aflige ella también...

VIZCONDE.

Sí; pero es una aflicción

inverosímil... ¡perder

el color de sus mejillas!

¡la extremada languidez

que en ella se nota! Vamos...

que se aflija justo es...

pero tanto...

SERAFINA.

¡Es muy extraño!

VIZCONDE.

No lo puedo comprender.

Debe haber otro motivo

que ignoramos.

SERAFINA.

Oiga usted,

muchas veces he creído

lo mismo...

VIZCONDE.

Cual yo; y después

de meditarlo he llegado

a pensar... que nada sé.

SERAFINA.

Bien; pero esa comisión

que dice le ha dado ayer...

VIZCONDE.

A eso voy. Despues de hablarme

con su amable sencillez

de cosas indiferentes

que contar inútil es...

-¿Ves con frecuencia a don Félix?

me preguntó; y contesté.

-Sí, primita. -Entonces ella,

redoblando su interés...

-Tú puedes, dijo, un servicio

hacerme, que yo tendré

muy presente mientras viva.-

-Habla. -Si a Pacheco ves,

dile que se halla ofendida

mi amistad de su desdén:

que su inmotivada ausencia

a qué atribuir no sé;

y que si de tanto aprecio

conserva el recuerdo fiel,

en el baile de mañana

tuviera al verle un placer.-

SERAFINA.

¡Hola!

VIZCONDE.

Poco mas o menos

esto lo que dijo fue,

con aquella vocecita

que me suena veces cien

mejor que una sinfonía

de Rossini o Mayerbeer;

y echándome aquellos ojos

que tienen... un no sé qué...

que siento cuando me miran

calofríos de placer.

SERAFINA.

Es un ángel y adivino

ya la causa...

VIZCONDE.

Y yo también.

SERAFINA.

La marquesa no ha querido...

VIZCONDE.

¡Pues!

SERAFINA.

Dar su brazo a torcer...

VIZCONDE.

Sí, y ha encargado a su hija

que me hablase, claro es,

para traer a su amante

esta noche...

SERAFINA.

¿Y cumplió usted

su comisión?

VIZCONDE.

Por supuesto...

Pero alguien viene...

SERAFINA.

(Mirando por la izquierda.)

Ella es.

No quiero estorbar a ustedes,

y me voy.

(Sale por el fondo.)

VIZCONDE.

¡Haces muy bien!

Escena III

El VIZCONDE, ELENA, vestida de baile.

ELENA.

¡Oh! con ansia te he esperado...

VIZCONDE.

Me detuvo a mi pesar...

ELENA.

Si nos pudiera escuchar...

VIZCONDE.

Nadie. No tengas cuidado.

ELENA.

¿Has visto a don Félix?

VIZCONDE.

Sí,

en el Circo le encontré

cual de costumbre... y le hablé.

ELENA.

¿Y vendrá esta noche aquí?

VIZCONDE.

Así me lo ha prometido.

ELENA.

Con que lograste...

VIZCONDE.

¡Pues no!

¡cuando me he empeñado yo!

ELENA.

Y dime, ¿no has advertido

en él alguna señal

de disgusto?

VIZCONDE.

Te diré.

Al principio... yo no sé

si habré reparado mal...

mas creo que se turbó

al oír...

ELENA.

¡Que tal creyeses!

VIZCONDE.

Y con frases muy corteses

tu invitación rehusó.

ELENA.

¡Cielos!

VIZCONDE.

Y tuve barruntos,

al ver su cara sombría,

que mejor que a un baile, iría

a un oficio de difuntos.

ELENA.

¿Pues le aflige alguna pena?

VIZCONDE.

Sí, prima.

ELENA.

No me dijiste...

VIZCONDE.

(Aparte.)

¡Cómo finge!

ELENA.

Si está triste...

VIZCONDE.

¡Qué! si es un contagio, Elena.

No sé qué mal aire os dio;

pero si esto no se olvida,

por vez primera en mi vida

voy a entristecerme yo.

ELENA.

¿Y cómo le has decidido?...

VIZCONDE.

Corta fue la resistencia...

mi natural elocuencia

todo obstáculo ha vencido.

ELENA.  
Dime...

VIZCONDE.  
Por ti, prima bella,

con afán me preguntó.

ELENA.  
(Con alegría.)

¿Cierto?

VIZCONDE.  
Sí.

ELENA.  
¿Y por mamá?

VIZCONDE.  
No.

Pero yo le he hablado de ella.

ELENA.  
Mal hiciste.

VIZCONDE.  
¡Mal! ¿por qué?

ELENA.  
Aunque no me ha prohibido...

VIZCONDE.  
Con reserva y al descuido

su tristeza le indiqué.

¡Y ha sido un golpe maestro!

ELENA.  
¡Maestro!...

VIZCONDE.  
Apenas lo oyó,

en asistir consintió

al baile: ¡soy yo muy diestro!

ELENA.  
Primo, las gracias te doy:

que nada sepa mamá.

(Aparte.)

¡Por primera vez quizá

la engaño!...

VIZCONDE.  
Sí, sí: ya estoy.

Vive confiada en mí...

ELENA.  
Quizá llegará algún día...

VIZCONDE.  
No hables de eso, prima mía,

¿qué no hiciera yo por ti?

ELENA.

¡Oh, no he de olvidarlo, no!

VIZCONDE.

(Aparte.)

Que este es el momento creo...-

Sólo que pagues deseo...

mi...

ELENA.

(Con viveza.)

¿Tu amistad?

VIZCONDE.

(Aparte.)

¡Me clavó!

ELENA.

¡Oh! desde hoy puedes llamarme,

no tu amiga...

VIZCONDE.

(Aparte.)

¡Me amedranta!

ELENA.

Tu hermana, ¿no te contenta?

VIZCONDE.

¡Vaya, no ha de contentarme!

Que eternamente ¡oh placer!

nos una amor... fraternal...

y... la...

(Aparte.)

¡Soy un animal!

¡que no me haya de atrever!

ELENA.  
Prosigue.

VIZCONDE.  
Quiero decir,

que a veces no es uno dueño...

¡y ya es antiguo el empeño!...

¡Oh! si, yo no sé mentir...

Tú ya lo habrás conocido.

Contesta sin vacilar,

que al fin...

ELENA.  
¿Qué he de contestar,

primo, si no te he entendido?

VIZCONDE.  
¿Con que no?

ELENA.

Al menos no infiero...

VIZCONDE.

Mejor callando obraré...

pues yo explicarme no sé...

ELENA.

(Aparte.)

Y yo entenderte no quiero.

(Desde este momento hasta el fin del acto se ven atravesar por la sala del fondo damas y caballeros en todas direcciones.)

Ya van llegando las gentes...

VIZCONDE.

(Ofreciéndola la mano.)

¿Vamos?

ELENA.

No; tendré quizás...

VIZCONDE.

Reina del baile serás

en cuanto en él te presentes.

ELENA.

Gracias.

VIZCONDE.

¿Quedarte prefieres?

ELENA.

Sí; después será mejor.

VIZCONDE.

(Aparte.)

Seguiré haciendo el amor

como hasta aquí, por poderes.-

No te hagas mucho esperar.

ELENA.

Pronto me verás allí.

VIZCONDE.

Voy de rabia ¡pese a mí!

furiosamente a bailar.

Escena IV

ELENA, sola.

ELENA.

¡Va a venir! no sé por qué

de mí el temor se apodera...

tal vez imprudencia fue...

¡Oh! si mamá lo supiera...

¿mas por qué se lo oculté?

Ella, que en verme dichosa

cifra su empeño mayor,

¡tan tierna, tan cariñosa

para mí! ¿puede su amor

negarme ninguna cosa?

¡Oh! sí: ¿por única vez

no he visto su faz severa,

cuando en mi amante embriaguez

el secreto, sin doblez,

de mi amor dije sincera?

Desde aquel día, risueño

su rostro a ver no volví.

«Tu amor, Elena, es un sueño,

me dijo: olvida ese empeño,

que yo velaré por ti.»

Y don Félix no ha venido

desde entonces... yo no sé

qué razón habrá tenido...

¿mamá le habrá prohibido

que vuelva aquí? mas ¿por qué?

¿Tan gran delito es amar?

¿qué hay en esto que la asombre?

sin yo quererlo indagar,

¿no me llegó a confesar

que amaba también a un hombre?

A comprenderlo no alcanza

mi mente, y a obrar así

me impelo la confianza

de una secreta esperanza...

(Viendo a D. Félix.)

Pero ¡cielos! ya está aquí.

Escena V

ELENA, D. FÉLIX, por el fondo.

FÉLIX.

(Aparte.)

Elena sola.

ELENA.  
(Aparte.)

¡Yo tiemblo!

FÉLIX.  
(Aparte.)

De ella indagarme conviene...

ELENA.  
(Aparte.)

¡Qué palidez!

FÉLIX.  
(Inclinándose.)

Señorita...

ELENA.  
Don Félix, no es poca suerte

que hoy se haya usted acordado

de nosotras...

FÉLIX.  
Me parece

que no será mi venida

causa de que los placeres

de la fiesta en nada pierdan

su atractivo.

ELENA.

Nos ofende,

señor Pacheco, esa duda.

¿Acaso nunca ser puede

enfadosa la presencia

de un amigo?

FÉLIX.

Si pudiere

de ese título jactarse,

seguro de poseerle,

fuera el mostrar esta duda

muy ingrato ciertamente.

Mas si cual yo a esa afección

título ninguno tiene...

ELENA.

¡Títulos! yo no creía

que de ellos menester fuese...

FÉLIX.

Y ni aún bastan: ¡la amistad!

¡bella palabra, que hiere

dulcemente nuestro oído

y que en aire se convierte!

ELENA.  
(Aparte.)

¡Cuán amargo es su lenguaje!-

Yo no creo que usted siente

lo que dice...

FÉLIX.  
¿Por qué no?

ELENA.  
Aunque es verdad que no tiene

hasta hoy de esa amistad

ni una prueba la mas leve,

juro a usted que sin embargo

aquí vive eternamente,

y el dudarle es una injuria

que no creí merecerle.

FÉLIX.  
Perdone usted; soy injusto

por damas: tal es mi suerte,  
que hasta que a un sentimiento  
de amor o amistad me entregue,  
que para de un desengaño  
reciba el castigo siempre.

Hice mal, y ruego a usted  
me perdone una y mil veces.

¿Y la marquesa?

ELENA.

¿Mamá?

vendrá pronto... antes que empiece  
el primer baile...

FÉLIX.

¡Estará

tan satisfecha y alegre!

la fiesta de hoy lo acredita...

ELENA.

¡Oh! nada de eso, don Félix...

FÉLIX.

¡Cómo! el baile de esta noche...

ELENA.

Ha sido precisamente

dispuesto por lo contrario...

Yo no sé qué es lo que tiene

mamá; me oculta sus penas,

y su salud desmerece

de día en día...

FÉLIX.

¡Es posible!

Muy mal entonces se aviene...

ELENA.

Es fuerza que a su despecho

esta fiesta se celebre.

El abuelo se ha empeñado

en ahuyentar de esta suerte

nuestra tristeza...

FÉLIX.

También,

según eso, usted padece...

ELENA.

¿Yo? no: se le ha figurado.

FÉLIX.

¡Bien la causa se comprende!

ELENA.

¡Cómo!

FÉLIX.

Quien cual yo conoce

el cariño que usted tiene

a su mamá, no es difícil

que ese motivo penetre.

Usted al verla sufrir,

sufre también...

ELENA.

(Bajando los ojos.)

Ciertamente...

FÉLIX.

¿Y acaso usted no sospecha

qué es lo que así afligir puede

a mamá?

ELENA.

Creo que sí.

FÉLIX.

Pues si no hay inconveniente...

ELENA.

¡Oh! no: con usted ninguno.

No es una sospecha leve

tan solo: es una certeza...

FÉLIX.

(Aparte.)

¡Si será!... -Espero impaciente...

ELENA.

Yo no sé cómo decir...

Aún mejor los hechos pueden

enterarle a usted...

FÉLIX.

Ya escucho.

ELENA.

Pues bien: al día siguiente

de su llegada... ella misma

sin que yo lo pretendiese

me reveló... pues... que amaba

a un hombre...

FÉLIX.

¿Sí?

ELENA.

Ciertamente.

Verdad es que me ocultó

su nombre: si yo supiese...

FÉLIX.

¡Oh! tal vez a las dos horas

pensaba ya de otra suerte.

ELENA.

Usted la injuria; después

la he sorprendido dos veces

besando un retrato...

FÉLIX.

¡Cómo!

ELENA.

Y llorando amargamente.

FÉLIX.

(Aparte.)

¡Oh! ¿pues no me ha enviado el mío?

¡luego es otro el que posee

su cariño!...

ELENA.

Amigo mío,

¿qué tiene usted?

FÉLIX.

(Aparte.)

No sospeche

lo que sufro; el disimulo

mas que nunca me conviene!-

ELENA.

Esa súbita tristeza...

FÉLIX.

No es nada: usted me dispense

si no he prestado atención...

¡Yo triste! estoy muy alegre

(Matilde aparece por la izquierda; pero al ver a don Félix se detiene en el umbral de la puerta.)

En prueba de ello esta noche

me dedico enteramente

a los placeres del baile...

Ya han llegado muchas gentes,

y muy pronto de la orquesta

los ecos oírse deben.

¿Viene usted? Su caballero

seré como usted me acepte...

ELENA.

¡Oh, sí! y mucho me complace

verle ahuyentar de repente

su mal humor... He creído

que usted padecía...

FÉLIX.

(Aparte.)

¡Imbécil!

¡Y esperaba todavía!...

¡oh! ¡no podré contenerme

si la veo!

ELENA.

¿Viene usted?

FÉLIX.

Vamos

(Aparte.)

Volveré; no puede

quedar esto así.-

(Dando a Elena la mano.)

Al placer

me consagro enteramente.

(Entran por el fondo.)

Escena VI

MATILDE, siguiendo con la vista a D. Félix, en la mayor agitación.

MATILDE.

¡Él aquí! ¿me habré engañado?

Félix en mi casa... ¡Oh! sí.

¿Y a que ha venido? ¡ay de mí!

¿Quién al baile le ha invitado?

¡Esto solo me faltaba!

Dios mío; dadme valor,

vos que sabéis el dolor

que su ausencia me costaba.

¡Porque le amo todavía...

al verle aquí, a mi despecho

creí un punto que del pecho

mi corazón se salía.

En vano por ahuyentar,  
su recuerdo abrasado,  
sin hallar ya en mi dolor  
lágrimas que derramar...  
secreta lucha emprendí,  
sorda, terrible, sin nombre;  
¡pero la imagen de ese hombre  
siempre delante de mí!  
Y arrancarla en vano empeño,  
fija está en mi corazón:  
¡Y él aquí! ¡negra traición!  
¡tan alegre, tan risueño!  
Él al placer entregado,  
mientras yo en triste retiro  
sin cesar por él deliro...

¡Oh, no! ¡esto es ya demasiado!

Yo también le olvidaré...

quiero olvidarle, ¡traidor!

¿y este premio a mi dolor

guardabas? me vengaré.

Aún amargar los instantes

infel de tu dicha espero...

¡Aun soy hermosa... aún si quiero

tendré a cientos los amantes!

Hermosa; no hay duda...

Así me aclamó la fama un día...

(Dirigiéndose a un espejo.)

Debo serlo todavía...

(Cubriéndose el rostro con las manos.)

¡Oh! ¡desdichada de mí!

Tarde el desengaño empieza;

muerto es para mi el amor...

Ya ha marchitado el dolor

los restos de mi belleza.

(Como hablando con su imagen en el espejo.)

¿Y eres tú la misma, di,

que del mundo en los placeres

fue envidia de las mujeres?

Dime, ¿quién te ha puesto así?

Y esa menguada ventura

perder hoy, cuando quisiera

¡oh! ¡que nada resistiera

a mi insolente hermosura!

¿Y he de mostrar humillada

ante ese enjambre que un día

me adulaba en su porfía

mi belleza marchitada?

No; ¡y antes en mis furores

veré por tierra esparcidos

estos adornos mentidos

que me afrentan!

(Se arranca las flores que lleva en la cabeza, y las arroja al suelo. D. Félix entra al mismo tiempo y se queda contemplando las flores.)

Escena VII

MATILDE, D. FÉLIX.

FÉLIX.

¡Pobres flores!

MATILDE.

(Sorprendida al ver a D. Félix.)

¡Don Félix!

FÉLIX.

Yo soy, señora.

MATILDE.

Acaso... ¡usted me escuchaba!

FÉLIX.

No; del baile me alejaba

y en esta sala entro ahora.

Que está usted confusa... advierto.

MATILDE.

¿Yo? no... pero habrá extrañado...

FÉLIX.

¿El que haya usted arrojado

esas flores? No por cierto.

Por sus brillantes colores,

o un capricho femenil,

del jardín entre otras mil,

eligió usted esas flores.

Mas por un capricho igual,

desde su frente hasta el suelo

las arroja usted sin duelo...

¿Hay cosa mas natural?

Con que el pasado recuerde

tal acción no extraño yo...

Si un capricho las buscó...

otro capricho las pierde.

(Recoge las flores.)

MATILDE.

¿Qué hace usted?

FÉLIX.

(Examinándolas.)

¡Quién lo creyera!

¿y conservan todavía

su brillante lozanía

y su fragancia primera?

Abandonadas ahora

temprana será su muerte:

¡dignas son de mejor suerte!

(Entregándoselas a Matilde.)

tómelas usted, señora.

MATILDE.

¡Oh! ¡gracias! mas considero

que molestia inútil fue;

pues si antes las arrojé,

prueba es de que no las quiero...

(Las vuelve a arrojar.)

FÉLIX.

(Con calma.)

Bien; yo esperaba eso mismo...

MATILDE.

Que usted se ofenda no creo;

aunque tan dado lo veo

hoy al sentimentalismo.

FÉLIX.

Cierto.

MATILDE.

Y estoy admirada...

FÉLIX.

Por un contraste fatal,

parezco sentimental

siempre que no siento nada.

MATILDE.

Tiempo hace que lo sabía...

Sin embargo... hace un momento

le he visto a usted tan contento...

FÉLIX.

¡Oh! sí... y lo estoy todavía.

¿Lo duda usted?

MATILDE.

¡Yo! ¿y porqué?

Al contrario, me ha alegrado

saber que usted ha variado...

de carácter... ya se ve...

cuando...

FÉLIX.

Siga usted...

MATILDE.

Decía...

FÉLIX.

Cuando enamorado estaba

de usted... cuando usted me amaba...

(Movimiento de Matilde.)

Así al menos lo creía.

MATILDE.

¡Oh! pero...

FÉLIX.

Al hablar así

creo no hacerla un agravio:

¡tantas veces de ese labio

lo escuché, que lo creí!

Huí entonces los placeres...

Mal pudiera imaginar

que fuera usted a imitar

el vulgo de las mujeres.

MATILDE.

Peregrino es el pretexto

para culparme...

FÉLIX.

No hay tal.

MATILDE.

¡No ha sido tan grande el mal,

pues se ha curado tan presto!

Para todo, no es extraño,

remedio siempre ha de haber.

FÉLIX.

¡Oh, me ha dado usted a beber

tal dosis de desengaño!

MATILDE.

Arguye usted con primor;

mas quien de amor penas llora,

en un mes...

FÉLIX.

Un mes, señora,

un siglo es para el amor.

Y aunque no debo admirar

tan importuno despecho,

ne sé yo con qué derechoquejas me viene usté a dar.

MATILDE.

¡Quejas yo!

FÉLIX.

Me ha parecido...

MATILDE.

¡Oh! está usté en un error.

FÉLIX.

No son quejas del amor,

sino del orgullo herido.

MATILDE.

¡Tal suposición escucho!

quejarme... Vaya... ¿y por qué?

¿porque me ha olvidado usté?

Mejor... yo me alegro mucho.

Fuimos uno de otro en pos...

yo olvidando la primera,

y luego usted... de manera...

FÉLIX.

Pues... que olvidamos los dos.

MATILDE.

No me cogió a la verdad

de sorpresa... Demasiado

sé yo que es fruto vedado

la constancia en nuestra edad...

Y aunque me ha sido muy grato,

harto bien lo conocí

cuando... hace un mes recibí

mis cartas y mi retrato.

Dos horas pasado habían

desde nuestro rompimiento...

y tanto apresuramiento...

FÉLIX.

Ya en mi poder no tenían

objeto, y era razón

sospechas desvanecer,

pues pudiera usted temer

de mi alguna indiscreción.

MATILDE.

Que fuera torpe malicia

en mí, tal sospecha, infiero.

Sé que es usted un caballero.

FÉLIX.

Eso es hacerme justicia.

Y aunque sea descortés,

si bien culparla no trato,

recuerdo que mi retrato

vino ocho días después.

MATILDE.

(Confusa.)

Si... es verdad... tan impensada

fue de los baños mi ausencia...

que allí... por inadvertencia...

dejé la copia olvidada...

fue un descuido...

FÉLIX.

¡Y muy fatal!

MATILDE.

Dispense usted...

FÉLIX.

¿Yo? ¿y de qué?

antes ha olvidado usted,

señora, el original.

Verdad es que de esa extraña

detención, me parecía

otro el motivo, a fe mía;

¡mucho el amor propio engaña!

MATILDE.

¿Y cuál?

FÉLIX.

Creí, sin razón,

debiera usted repugnar

así incompleta dejar,

señora, la colección.

MATILDE.

(Dolorosamente ofendida.)

¡Cómo!

FÉLIX.

Al fin es un placer...

MATILDE.

(Aparte.)

¡Que tal sospeche de mí!

FÉLIX.

¿No era esa la causa?

MATILDE.

(Con marcada ironía.)

¡Oh! sí.

¿Cuál otra pudiera ser?

¡Sublime penetración!

Yo alabo la perspicacia...

¡Vaya! me ha hecho mucha gracia

eso de la colección.

Deje usted que me alboroce,

que aunque para mí no es nueva,

me ha dado usted una prueba

de lo bien que me conoce.

¿Colección ha dicho usted?

eso es muy poco a fe mía:

tengo ya una galería

de retratos. Ya se ve,

¿qué no alcanza una coqueta

cuando cifra sus afanes

en tener de los galanes

poco amor, mucha estafeta?

¡Yo soy en eso extremada!

tanto... mas ¡qué candidez!

iba a contárselo a usted,

a quien no se oculta nada.

¡A usted, que en lazo engañoso

prender también conseguí

y víctima fue de mi

maquiavelismo amoroso!

A quien incauto además

atraje al dulce reclamo,

y a quien no amé, a quien no amo...

a quien no amaré jamás!...

FÉLIX.  
(Con ímpetu.)

¡Señora!

(Aparte y conteniéndose.)

La ira me abrasa...

MATILDE.  
Si mi franqueza le ha herido...

FÉLIX.  
A mí... no...

MATILDE.  
Me ha parecido...

FÉLIX.  
(Aparte.)

¡Félix, qué es lo que te pasa!

Escena VIII

Dichos: el VIZCONDE.

VIZCONDE.  
¡Cómo! ¿usted aquí conversando,

marquesa, con tal sosiego,

cuando yo, no es broma, ronco

ya de contestar me encuentro

al número interminable

de damas y caballeros

que por usted me preguntan?

MATILDE.

Verdad es: voy al momento...

VIZCONDE.

Pues es claro: tenga usted

piEDAD de ese pobre viejo

de general, que en ausencia

de usted hace a su despecho

los honores de la casa.

¡Qué! ¡si da lástima el verlo!

Él, tan poco aficionado

a farsas ni cumplimientos,

verse precisado... ¡Vamos!

veinte veces por lo menos

me ha preguntado. -¿Y Matilde?

¿Dónde está? ¿qué hace allí dentro?-

Y suda y se afana...

MATILDE.

Sí:

mas detenerme no quiero.

VIZCONDE.

¡Verá usted qué animación,

qué vida, qué movimiento!

Hoy en la fiesta, marquesa,

tiene usted lo mas selecto

que encierra la sociedad

madrileña de ambos sexos.

Va usted a gozar de un placer

MATILDE.

Vizconde, mucho me alegro.

Precisamente esta noche

más que nunca lo deseo...

voy a divertirme... mucho...

VIZCONDE.

¿Con que sí?

MATILDE.

¡Mucho! ¡en extremo!

VIZCONDE.

¡Ah! quien también preguntó

por usted con grande empeño

ha sido aquel coronel

que frecuentó en otro tiempo

la casa.

MATILDE.

¿Don Luis Mendoza?

VIZCONDE.

El mismo.

MATILDE.

Pues lo celebro.

Es un joven muy amable

y a quien profeso un afecto

especial... precisamente

tengo que hablarle... y me alegro

de su venida... Señores...

FÉLIX.

(Aparte.)

¡Oh, me sofoca el despecho!

MATILDE.

(Aparte.)

¡Siempre fingir! ¡qué suplicio!-

Con que...

VIZCONDE.

Marquesa... hasta luego.

(Vase.)

Escena IX

D. FÉLIX, el VIZCONDE.

FÉLIX.

(Aparte.)

¡Jamás lo hubiera creído!

¡juzgué mi pasión vencida,

y aún brota sangre la herida!

VIZCONDE.

(Observando a D. Félix.)

¡Qué cara! ¿si habrán reñido?

FÉLIX.

(Aparte.)

¡Oh! ¿por qué la he vuelto a ver?

VIZCONDE.

Parece que le ha plantado

Matilde. ¡Bueno tía quedado!

¡Ca! ¡pero no puede ser!

Si no ha sido su intención

al traerle hasta este punto

reconciliarse, ¿a qué asunto

darme a mí la comisión

de hacerle venir? ¡Cuidado

que es singular! yo no acierto

con el motivo... Es muy cierto

que la que me lo ha encargado

y esto algo me desalienta,

no fue Matilde, no a fe...

sino mi prima... ¿Si habré

trabajado por su cuenta?

¡Diablo! no es tan infundada

la idea si se examina:

clavada tengo la espina

de que ella está enamorada

de este prójimo... ¡Si son

ya las niñas tan expertas!

Y ahora me acuerdo de ciertas

circunstancias... Con razón

desconfiaba... y no en vano

recelo ¡suerte cruel!

que he estado haciendo el papel

del perro del hortelano.

FÉLIX.

¡Yo vengarme necesito!

(Saliendo de su distracción y viendo al Vizconde.)

¡Hola! ¿Usted aquí?

VIZCONDE.

Cabal.

Me encontré allá dentro mal,

y he venido aquí un ratito

a tomar aliento. Al fin

todo cansa, y yo a mi vez...

FÉLIX.

En otro tiempo era usted

un furioso bailarín.

VIZCONDE.

Y aún lo soy. Precisamente

es mi pasión absoluta.

FÉLIX.

Y usted debe, sin disputa,

bailar primorosamente.

VIZCONDE.

Hay quien mi destreza alaba...

FÉLIX.

¡Bah! talento y no destreza:

es un talento... que empieza

por donde el de otros acaba.

VIZCONDE.

Muy amable está usted hoy.

FÉLIX.

Lo que estoy es... ¡muy contento!

VIZCONDE.

Pues yo creí hace un momento

que...

(Aparte.)

¡Pero qué es lo que voy

a decir!

FÉLIX.

Vamos.

VIZCONDE.

Me había

aquí al entrar, parecido

que estaba usted distraído...

y como sé que mi tía

ha tenido con usted

relaciones muy estrechas...

concebí algunas sospechas...

FÉLIX.

(Seriamente.)

¡Inmotivadas!

VIZCONDE.

Tal vez,

FÉLIX.

Es cierta mi distracción.

Estaba a solas gozando

lo que he visto recordando

ha un momento en el salón.

¡Qué brillante perspectiva!

VIZCONDE.

¡Oh! deliciosa, es usté

de mi opinión, no podré

olvidarla mientras viva.

¡Cuánto lujo! ¡qué riqueza!

es la primera impresión

al entrar en el salón...

FÉLIX.

La de perder la cabeza.

VIZCONDE.

Sí, mas dura poco.

FÉLIX.

¡Pues!

VIZCONDE.

Y la vista deslumbrada...

FÉLIX.

Justo, ve... que no ve nada.

VIZCONDE.

Es verdad... pero después...

FÉLIX.

Sí, después ya es otra cosa.

Luces, adornos, preseas,

y treinta mujeres feas

lo menos por cada hermosa.

VIZCONDE.

Es cálculo exagerado;

mas aún no siendo bellas

divierte observar en ellas,

los primores del tocado.

El lujo y la variedad

del adorno, en mi entender

contribuye siempre...

FÉLIX.

A hacer

resaltar la fealdad.

VIZCONDE.

Cierto; pero una escogida

sencillez...

FÉLIX.

¡Donosa idea!

jamás he visto a una fea

sencillamente prendida.

VIZCONDE.

¡Oh! no soy de esa opinión.

Se conoce que está usted

de un terrible esplín...

FÉLIX.

Tal vez.

VIZCONDE.

¿No volvemos al salón?

FÉLIX.

Pronto voy.

VIZCONDE.

(Aparte.)

Si yo pudiera

sin peligro hacerle hablar.

(Se va hacia el londo, y queda un rato mirando hacia donde se supone que está el salón de baile.)

FÉLIX.

(Aparte.)

¡Que no pueda un medio hallar

para vengarme! en la fiera

lucha que mi pecho esconde

todo me parece poco...

¡cosa es de volverse loco!

VIZCONDE.  
(Volviendo a la escena.)

Ja, ja.

FÉLIX.  
¿Qué es eso, Vizconde?

VIZCONDE.  
(Aparte.)

Probemos.

FÉLIX.  
¿Saber podré

qué es lo que así le alboroz?

VIZCONDE.  
Nada, ¡ese pobre Mendoza!

FÉLIX.  
¿Mendoza?

VIZCONDE.  
Sí.

FÉLIX.  
Yo no sé...

VIZCONDE.  
¿Ya lo echó usted en olvido?

Ese que tanto se apura...

Coronel... buena figura...

dicen que tiene partido

con las damas... mas preveo

que eligió mal esta vez...

FÉLIX.  
Bien y...

VIZCONDE.  
¿Le conoce usted?

FÉLIX.  
Me parece...

VIZCONDE.  
(Aparte.)

Ya lo creo.-

¿Sí? pues de ver me reía

el empeño decidido

con que ese mozo ha emprendido

la conquista de mi tía.

¡Oh, no es su paciencia corta!

Desde allí le he columbrado

hecho un Cupido a su lado...

FÉLIX.  
(Aparte.)

¡Esto más! -¿Y qué me importa?

VIZCONDE.  
De amor no hablaba quizá;

mas en su gesto advertí

tal calor...

FÉLIX.  
Pues obra así,

algún título tendrá.

VIZCONDE.  
No diré yo lo contrario...

Mendoza al fin no es un necio,

y Matilde mucho aprecio

le demuestra...

FÉLIX.  
(Aparte.)

Es necesario

que yo averigüe...

VIZCONDE.  
Además...

yo sé que él y la marquesa...

(Con indiferencia afectada.)

Pero a usted no le interesa...

FÉLIX.

(Agarrándole del brazo.)

¡Hable usted, por Barrabás!...

VIZCONDE.

Bien; como tales asuntos

fingía usted serle extraños...

FÉLIX.

(Con violencia.)

¡Vamos!

VIZCONDE.

Pues bien, en los baños

han estado los dos juntos.

FÉLIX.

¡Juntos!

VIZCONDE.

Sí; pero deseo

que usted no interprete mal...

FÉLIX.

¡Oh!

VIZCONDE.

Fue un encuentro casual...

FÉLIX.  
(Aparte.)

¡Todo explicado lo veo!

VIZCONDE.  
(Aparte.)

En el blanco ha dado el tiro.

FÉLIX.  
(Aparte.)

¡Posible es tanta falsía!

VIZCONDE.  
(Aparte.)

Pacheco ama todavía

a la marquesa: ¡respiro!

FÉLIX.  
(Aparte.)

¿Serán celos lo que arder

siento aquí dentro? ¡qué error!

celos suponen amor,

y yo no amo a esa mujer.

No, que el amor en mi pecho

amarga hiel se ha tornado:

sólo quiero duplicado

volverla el mal que me ha hecho.

Sí; ¿mas cómo he de lograr?

Escena X

Dichos: ELENA. Al final de esta escena se oye la orquesta.

ELENA.  
¿Don Félix?

VIZCONDE.  
(Aparte.)

¡Ya pareció!

ELENA.  
¿Posible es que tenga yo

que venirle a usted a buscar?

El baile va ya a romper,

y usted su promesa olvida.

VIZCONDE.  
(Aparte.)

¡Pues! ya está comprometida

con él.

FÉLIX.  
(Aparte mirando a Elena y como acometido de una idea.)

¡Ah!

VIZCONDE.  
(Aparte.)

Y yo sin poder...

ELENA.  
(Ofendida viendo que D. Félix sigue mirándola y no contesta.)

Le creía mas galante...

FÉLIX.  
(Con galantería.)

¡Oh! temple usted su esquivaza,

pues la luz de esa belleza

me desconcertó un instante.

ELENA.  
¡Cómo su ingenio encontró

pronta disculpa al agravio!

FÉLIX.  
No, que es sincero mi labio...

VIZCONDE.  
(Aparte.)

¡Lindo papel hago yo!

ELENA.  
¿Con que vamos?

FÉLIX.

Vamos, sí;

que hablar a usted me interesa,

(Aparte.)

¡Oh! ¡por mi nombre, marquesa,

que te has de acordar de mí!

(Salen por el fondo. El Vizconde hace un ademán de impaciencia.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero

La decoración del primer acto.

Escena I

PEDRO, por la derecha, SERAFINA. Poco después DON PEDRO solo.

PEDRO.

¿Y tu señora?

SERAFINA.

En su cuarto.

PEDRO.

Bien; ¿y está ya levantada?

SERAFINA.

Sí lo está.

PEDRO.

Dile que venga

aquí, pues tengo que hablarla.

SERAFINA.

Voy.

(Aparte.)

¡Qué significa esto!-

Con que...

PEDRO.

Vamos, ¿a qué aguardas?

¿no has oído? que la espero.

SERAFINA.

Ya estoy; pero...

PEDRO.

Menos charla.

(Sale Serafina.)

Sí, estoy resuelto: hasta ahora

no he creído necesaria

mi intervención, confiando

en la prevención sensata

de Matilde; pero veo

con pesar que esto no marcha

por buen camino. La niña

está más enamorada

cada día de ese joven;

cuya presencia en mi casa

ha ahuyentado la alegría

que antes en ella reinaba...

Luego Matilde, por mucho

que en disimular se afana,

seguro estoy, todavía

le ama a su vez; que la llama

de una pasión cual la suya

fácilmente no se apaga...

Esa profunda tristeza

que nada a templar alcanza,

y que mina sordamente

su salud ya quebrantada,

me va inquietando, y es fuerza

que yo a combatirla salga.

Aquí viene.

Escena II

D. PEDRO, MATILDE.

MATILDE.

¿Con que usted

quiere hablarme?

PEDRO.

Sí, hija mía.

Siéntate aquí.

MATILDE.

Yo tenía

igual deseo a mi vez.

PEDRO.

Pues la propicia ocasión

aprovechemos.

MATILDE.

Sí; pero

debe usted hablar primero.

PEDRO.

Óyeme con atención.

Bien sabes que desde el día

en que tomaste otro estado,

aunque viviendo a tu lado

fácil disculpa tendría,

en mi casa has reunido

todos los poderes juntos,

y mezclarme en tus asuntos

domésticos no he querido.

Desde entonces, siempre igual,

viví en dichosa indolencia,

descansando en tu prudencia

y en tu celo maternal.

Tal mi propósito fue,

y sabes que le cumplí.

MATILDE.

¿Y de haber obrado así

se arrepiente usted?

PEDRO.

No a fe.

Mis votos siempre has cumplido;

de esposa y madre hasta hoy

modelo fuiste, y estoy

de ser tu padre engreído.

Pero... a veces el empeño

no basta de la razón...

Hija mía, el corazón

no se manda; él es el dueño.

Don Félix...

MATILDE.

¡Oh!

PEDRO.

Deja que hable;

pues fuerza es que me decida

por fin a sondear la herida...

MATILDE.

No, que es herida incurable.

PEDRO.

¡Qué! ¿y ha de ser tan pequeño

el poder de tu razón?

MATILDE.

¡Oh, señor! el corazón

no se manda; él es el dueño.

PEDRO.

Pero ese es un desvarío;

y aún así mi celo inflamas

mucho más. ¿Con que le amas

todavía?...

MATILDE.

¡A pesar mío!

PEDRO.

Tu imaginación quizá

pasión juzga un desconcierto...

MATILDE.

Yo a explicármela no acierto

tampoco; pero aquí está:

¡Oh! ¡no es un vano artificio!...

jamás la fría razón

comprenderá la extensión

de mi cruel sacrificio.

De madre cumplí un deber...

rompí ese lazo; aunque era

mi gloria, mi vida entera...

¿qué más he podido hacer?

PEDRO.

Quien feliz verte prefiere,

mas a tu constancia pide...

MATILDE.

Sí, que la memoria olvide

lo que ella olvidar no quiere.

PEDRO.

Pues si tu dicha consiste

en verte a Pacheco unida,

di; siendo correspondida

¿por qué ese lazo rompiste?

MATILDE.

¡Y Elena! ¿no he dicho a usted?...

PEDRO.

Sí, que de todo ignorante

en tu ausencia...

MATILDE.

¿Y no es bastante?

PEDRO.  
Su inexperta sencillez

habrá juzgada pasión

lo que tal vez no será

más que un capricho.

MATILDE.  
¡Ojalá!

PEDRO.  
A esa edad toda impresión

es pasajera.

MATILDE.  
Lo sé.

PEDRO.  
Además, tampoco es justo

que sacrifiques tu gusto

por ella.

MATILDE.  
¿Qué dice usted?

Después que ella incautamente

su pasión me reveló,

pudiera decirla yo...

«pues bien; borra de tu mente

cuanto esperar has podido

de ventura y de alegría:

de ese amor ¡pobre hija mía!

otra es la dueña ¿has oído?

Otra mujer, que tendrás

sin duda que aborrecer

desde hoy; y esa mujer

es tu madre!...» ¡Oh; no, jamás!

PEDRO.

Y ese don Félix, ¿qué espera?

¿Conoces tú su intención?

¿es digno de una pasión

tan profunda, tan sincera?

¿Cómo su amor conciliar

con tan repentino olvido?

Dime: ¿es de un hombre cumplido

proceder tan singular?

A pesar de tus desdenes,

desde aquel baile fatal

todos los días puntual

aquí en tu casa le tienes:

¿sabes a qué viene?

MATILDE.

¡Oh!

por piedad...

PEDRO.

No, ya es forzoso,

aunque sea doloroso

para ti, que hable aquí yo.

De él la niña enamorada,

tú su presencia evitando

y libre el campo dejando,

has dado ocasión sobrada

a que su amor la dirija;

y no es cosa que me cuadre

que así a falta de la madre

se consuele con la hija.

De que ésta ignore has tratado,

no sé yo por qué razones,

tus antiguas relaciones

con don Félix: sin cuidado

la pobre niña a ese amor

se entrega, que debería

ahuyentar, y cada día

el daño se hace mayor.

Y en fin, don Félix será,

yo concedértelo quiero,

un cumplido caballero;

mas bien puede ser quizá,

que agriado por tu desdén

su furia vengar intente

en esa niña inocente.

MATILDE.

Sí, ¿no es verdad? yo también

eso mismo he sospechado;

¡quién a creer se decide

que con tal presteza olvide

quien con tal constancia ha amado!

¡Y él me amaba, estoy segura,

con una pasión tan fiel,

tan ardiente! ¡y yo con él

he sido ingrata y perjura!

Aunque fingiendo desvío

a otro afecto se encadena,

no crea usted que ame a Elena,

no; ¡su corazón es mío!

Es mío: sólo el despecho

pudo arrastrarle a fingir

lo que no debe sentir:

yo sola tengo derecho

a su cariño, y si humilde

hasta aquí pude arrostrar

lo amargo de mi pesar,

en adelante...

PEDRO.

¡Matilde!

MATILDE.

¡Sí, sí: basta ya: es razón

que sufrir más no me cuadre:

soy mujer!...

PEDRO.

¡No, que eres madre!

MATILDE.

¡Cielos! ¿qué he dicho? ¡perdón!

¿y pude echarlo en olvido?

son delirios de un momento,

sí, que yo misma no siento:

¡son celos que no ha podido

contener la voluntad!

PEDRO.

¡No eran vanos mis recelos!

¡tienes celos!

MATILDE.

¡Tengo celos!

PEDRO.

¡De tu hija!

MATILDE.

¿No es verdad

que es un tormento doblado?

Y no estoy arrepentida

del sacrificio: ¿mi vida

qué importa, si habré logrado

que mi hija sea quizá

más feliz que he sido yo?

PEDRO.

¿Y que el mal se aumente? No.

¿Sabes tú si lo será

por ese medio? Hija mía,

fuerza es tomar un partido:

ya que valor has tenido

para inmolar en un día

al imperioso deber

esa pasión que hoy te oprime,

tu sacrificio sublime

concluye: si has menester

quien en tan triste ocasión

te dé su ayuda y consejo,

aquí estoy yo, que aunque viejo,

joven tengo el corazón.

¡Es el que al tuyo dio ser,

donde halla siempre eco doble

todo lo que es grande y noble!...

MATILDE.

Y bien, ¿qué debo yo hacer?

PEDRO.

Que aquí sin más dilaciones

hoy mismo a Pacheco veas,

y le exijas, como creas

conveniente, explicaciones

de su conducta: este paso

te parecerá vulgar;

pero hay cosas que fiar

no se pueden al acaso.

Procura ocultar tu pena;

que en ti vea siempre igual,

no una ofendida rival,

sino la madre de Elena.

¿Valor te faltará acaso?

MATILDE.

¿No le he tenido hasta aquí?

pues ya tanta hiel bebí,

¿qué importa apurar el vaso?

PEDRO.

¡Oh! no sabes, hija mía,

cuál tu dolor me interesa;

sé que es inútil empresa

consolarte, mas confía,

que sino logra calmar

tus penas el porvenir,

seremos dos a sufrir...

MATILDE.

Seremos dos a llorar:

gracias; por más que me aflija,

pronto llegará usted a ver

que madre he sabido ser.

PEDRO.

Sí, pues fuiste buena hija.

MATILDE.

Adiós.

(Sale por la izquierda.)

PEDRO.

Yo salgo y muy luego

volveré.

Escena III

D. PEDRO, luego SERAFINA.

PEDRO.

¡Nunca creyera

que hasta tal punto llegase

su pasión! Mucho me inquieta

el estado en que la veo;

y más mi inquietud aumenta

el pensar que no es posible

hallar un medio que pueda

restituirla la calma...

¡Pobre Matilde! y Elena

por otra parte complica

la situación de manera

que es de temer que esto al fin

término feliz no tenga.

(Tira de la campanilla.)

Si hablara yo a ese don Félix

de hombre a hombre... tal vez fuera

mucho mejor...

SERAFINA.

(Saliendo.)

¿Llama usted?

PEDRO.

¿Mi carruaje?

SERAFINA.

Abajo espera.

PEDRO.

Mira... si viene Pacheco...

dile...

(Aparte.)

No, mejor es que ella

lo haga. Yo lo echaría

a perder...

SERAFINA.

Con que...

PEDRO.

(Aparte.)

Ni es esta

la ocasión...

SERAFINA.

Con que le digo...

PEDRO.

Lo que sin saber te quedas.

Nada, no le digas nada.

SERAFINA.

Pero yo...

PEDRO.

¡Maldita lengua!

¡Oh curiosidad! tú eres

el imán de estas doncellas

de sesenta años. Me voy.

(Sale.)

Escena IV

SERAFINA, luego D. FÉLIX.

SERAFINA.

Sí, ¡viejo gruñón! ¡sesenta

años! no los he cumplido.

Tú si que tienes acuestas

los sesenta con un pico

respetable. ¡Que no pueda

averiguar lo que pasa!

Y algo pasa aquí... por fuerza.

La cara del general

está hoy mucho mas seria

que de costumbre... Es verdad

que desde algún tiempo a esta

parte veo tales cosas,

que no es fácil me sorprenda

ya nada. Aquí está don Félix...

FÉLIX.

(Entrando.)

¿Y la señora marquesa?

SERAFINA.

(Aparte.)

La contestación de siempre...

sigue un poquito indispuesta...

FÉLIX.  
Lo siento.

SERAFINA.  
Voy a avisar

a la señorita Elena.

FÉLIX.  
Que no se moleste; yo

no tengo ninguna prisa.

SERAFINA.  
Sí; pero ella me ha encargado...

con tanta impaciencia espera

su visita...

FÉLIX.  
En ese caso...

SERAFINA.  
Sí, ya voy.

(Aparte.)

Hoy todos llegan

con pocas ganas de hablar.

(Sale.)

Escena V

D. FÉLIX, solo.

FÉLIX.

La mamá sigue indispueta...

es decir, no quiere verme;

y en tanto con impaciencia

la hija espera mi visita.

Saber esto yo debiera

por demás; y sin embargo

siempre lo escucho con nueva

pesadumbre. Lealmente

obrando, yo no debiera

volver a poner los pies

en esta casa. ¿Y Elena?

¿Y esa niña que me ama

con tal ardor, tal fineza,

y a la que yo en un momento

de locura hice promesas

que en estado de cumplir

mi corazón no se encuentra?

Quise vengarme, es verdad;

creí encontrar resistencia;

creí vencer, más luchando;

y entonces, noble marquesa,

de mí te hubiera quedado

memoria viva y eterna.

Pero ante un ser tan ingenuo

que se rinde, que se entrega

sin desconfianza alguna;

que a las razones primeras

con lágrimas de placer

y gratitud me contesta,

mi cólera y mis proyectos

de venganza el viento lleva.

Para ello era preciso

tener corazón de piedra

y ser cobarde y malvado.

¡Dónde hay suerte más adversa

que la mía! ¡preso estoy

en mis propias redes! Fuerza

es confesar, que a su lado

la amargura de mis penas

se templa... ¡es tan parecida

a su madre!.. mas no es ésta

la razón: ¡no puede ser!

¡Matilde! ¡que ya no pueda

apartar de la memoria

este nombre!.. y en tanto ella;

tal vez otro amor... ¡No puedo

acostumbrarme a esta idea!

Al principio sospeché

de ese Mendoza, más pruebas

hoy tengo de lo contrario...

La casa nadie frecuenta

más que yo... y ella al retiro

y a la soledad se entrega.

Sin embargo... ¡ese retrato

que besar lo ha visto Elena!...

¡Oh! diera por poseerle...

Calmémonos; alguien llega.

Escena VI

D. FÉLIX, ELENA.

ELENA.

¿Le he hecho a usted mucho esperar?

FÉLIX.

No, que ahora mismo he llegado.

ELENA.

Como ayer se ha retirado

usted quejoso; aumentar

su disgusto sentiría.

FÉLIX.

Quejoso no; verdad es

que a impulsos del interés

que usted me inspira, quería

la razón averiguar

de la inquietud que he advertido

en usted; pues vano ha sido

quererla disimular.

ELENA.

¡Hay semejante aprensión!

Nada he sentido, ni siento...

FÉLIX.

El rostro en este momento

le está haciendo a usted traición.

Vamos, sea usted conmigo

más franca...

ELENA.

Pero... si no...

FÉLIX.

¿Por ventura no soy yo,

su más fiel, más tierno amigo?

ELENA.  
(Bajando los ojos.)

¡Amigo!

FÉLIX.  
(Embarazado.)

Quise decir...

amante...

ELENA.  
¡Oh! no. Calle usted;

pues tampoco yo a mi vez

quiero obligarle a fingir.

Del corazón la tibieza

mal con palabras se dora...

(Después de una pausa.)

¿No comprende usted ahora

la causa de mi tristeza?

FÉLIX.  
¿Quién tal sospechar podría?

ELENA.  
Pues ya di el paso primero,

este peso arrojar quiero

que me oprime noche y día.

Sí; al principio confiada

creí cierta su pasión:

hoy tengo la convicción

de que nunca he sido amada.

FÉLIX.

¡Oh!

ELENA.

Deje usted que prosiga.

Cuando por primera vez

de la fiesta en la embriaguez

me pintó usted su fatiga;

con tal fuego, tal verdad

su pasión vi retratada

en el gesto, en la mirada;

que, locura o ceguedad

sería, mas la creí...

Luego mas dulce estrechez

nos unió... ya no era usted...

el mismo que entonces vi.

Llena usted su amante empleo...

con violencia... distraído...

casi como arrepentido...

(Don Félix hace un movimiento.)

¡Oh! yo tampoco lo creo.

Nueva en las lindes de amor,

bien pudiera haber formado

un concepto equivocado

de ese afecto engañoso;

y esto un alivio me fuera;

pero allá en mi pensamiento

juzgo por lo que yo siento

lo que usted sentir debiera.

La causa de esa aflicción,

con lo dicho hartos se deja

ya ver; ¿no es justa mi queja?

FÉLIX.

No, Elena...

(Aparte.)

Tiene razón.

ELENA.

¡Oh! que es cierto ese desvío

claro en su silencio veo.

FÉLIX.

Pues que tal es su deseo,

seré franco, a pesar mío.

Yo tengo treinta años ya;

y a esa edad es fácil cosa

comprender que mi amorosa

crónica larga será.

Siempre en pos de los placeres,

vime en apurados trances;

y de tan variados lances

conocí a muchas mujeres.

Huí al fin de ese elemento

ya muchos años pasados,

con los sentidos gastados

más virgen el sentimiento.

ELENA.

No comprendo...

FÉLIX.

Sí, es verdad;

al decir esto olvidaba

que era usted con quien hablaba.

¡tiene usted tan poca edad!

Decir con esto he querido

que vine a vida mejor

sin conocer el amor.

ELENA.

¡Es posible!

FÉLIX.

¡Sí; la ha sido!

ELENA.  
¿Y después?

FÉLIX.  
¡Quién lo creyera!

ELENA.  
¿Ha sido usted más sensible?

FÉLIX.  
Allí donde hay combustible,

de la chispa más ligera

se alza una violenta llama.

Después... amé locamente;

¡con esa pasión ardiente

con que sólo una vez se ama!

Mi delirio adormecer

no pude de ningún modo:

¡mi dicha, mi gloria, todo

lo cifré en una mujer!

ELENA.  
Pues tal pasión inspiró,-

de ella muy digna sería.

FÉLIX.  
(Con amarga ironía.)

¡Oh! sí: ¡muy digna a fe mía!

ELENA.  
¿Quién es? ¿dónde está?

FÉLIX.  
(Después de una pausa.) ¡Murió!

ELENA.  
¿Murió?

FÉLIX.  
(Aparte.)

Al menos para mí.-

Sí, Elena; y todo acabado,

rendido y desengañado

a la razón acudí.

Despertar en vano intento

hoy mis antiguos trasportes;

esa pasión los resortes

gastó en mí del sentimiento.

Por eso a despecho mío

puedo ofrecer solamente

un afecto poco ardiente,  
que parecerá a usted frío,  
pero sincero y leal,  
y aún por eso más constante,  
en que el amigo, el amante  
se confunden por igual.

Sin reserva he dicho aquí

lo que yo olvidar quisiera.

ELENA.

¿Y si esa mujer viviera,

la amara usted más que a mí?

FÉLIX.

¡Oh!

ELENA.

Quiero que sin disfraz,

aunque se aumente mi pena...

FÉLIX.

¿Por qué me hace usted, Elena,

esa pregunta?

ELENA.

Es verdad.

¿Por qué atormentarme así?

¡Oh! de olvidar trataré

que a otra su amorosa fe

ofreció usted, antes que a mí.

Y fío en mi buena estrella,

que con el tiempo alcanzar

podré, me llegue usted a amar

como la amó usted a ella.

Ese afecto, aunque pequeño,

ya le acepto agradecida,

y una dicha más cumplida,

un lazo mas halagüeño

sin quejarme aguardaré;

sí, sí: y aún más le prefiero

franco, leal y sincero,

que mintiendo incierta fe.

¡Pues la sombra de un engaño

solamente el sospechar,

fuera para mí un pesar

cruel!...

FÉLIX.  
(Aparte.)

¡Me está haciendo daño!

ELENA.  
Pero me olvidaba ¡ay Dios!

que de otro asunto tenemos

que tratar, y que hoy podremos

dudas aclarar los dos.

En distintas ocasiones,

y ayer más recientemente,

se ha mostrado usted impaciente

por conocer las razones

del triste retraimiento

de mamá.

FÉLIX.

Sí, sí, es verdad:

un interés de amistad...

y el muy justo sentimiento

que causaba a usted...

ELENA.

Lo sé.

Noble es y digno el objeto

que le guía.

FÉLIX.

¿Su secreto

descubrió usted?

ELENA.

No lo sé.

Aunque sospecho que sí.

¿Recuerda usted aquel traslado

de que tanto hemos hablado?

FÉLIX.

Sí. ¿Ese retrato?...

ELENA.

(Sacando una cajita.)

Está aquí.

FÉLIX.

(Haciendo un ademán para cogerle y conteniéndose.)

¿Ahí?... ¿y sabe usted... quién es?...

ELENA.

¡Cómo! ¿Puede usted pensar

me atreviera a profanar,

aunque por un interés

legítimo, su secreto?

No, que hija suya me llamo,

y el cielo sabe que la amo

tanto como la respeto.

Y aunque de abrirle existiera

en mí derecho o razón,

repugna a mi corazón,

y a hacerlo no me atreviera.

Le estreje furtivamente

por un instante no más;

pero verle yo, ¡jamás!

Usted, es muy diferente,

puede verle sin temor;

y aunque yo ignore su nombre,

sabrás usted quién es ese hombre

que la inspiró tanto amor.

Usted le conocerá...

y ¿quién sabe, dónde alcanza?...

Es una loca esperanza,

sin fundamento quizá.

FÉLIX.  
(Aparte.)

¡Oh! ¡tan noble sencillez

me avergüenza, a pesar mío!

ELENA.  
Es un secreto que fío

a la lealtad de usted.

Mis votos no serán vanos...

(Entregándoselo)

Véale usted sin demora...

FÉLIX.

(Aparte y dando vueltas a la caja.)

No sé por qué, pero ahora

que le tengo entre las manos,

mi vista un velo oscurece,

y apresurado palpita

mi corazón!...

Escena VII

Dichos: SERAFINA, precipitadamente.

SERAFINA.

¿Señorita?

ELENA.

(A D. Félix rápidamente y en voz baja.)

Guárdele usted.

(D. Félix lo hace.)

¿Qué se ofrece?

SERAFINA.

La señora viene aquí.

ELENA.  
¿Qué dices?

SERAFINA.  
Lo que he contado;

y como usted me ha encargado

que la avisara...

ELENA.  
Sí, sí.

Vamos.

FÉLIX.  
¿Cómo! ¿Se va usted?

ELENA.  
Temor pueril tal vez sea,

mas no quiero que nos vea

juntos.

FELIZ.  
(En voz baja.)

Pero...

ELENA.  
(Lo mismo.)

Volveré.

(Salen.)

Escena VIII

D. FÉLIX, luego MATILDE.

FÉLIX.

¡Va a venir! ¿qué me querrá?

de calmar en vano trato

mi agitación. ¡Y el retrato!

(Hace un ademán para sacarle y se contiene al ver a Matilde.)

Ya no es tiempo.

MATILDE.

(Aparte.)

Solo está.

¡Valor!

FÉLIX.

(Conmovido y aparte.)

¡Oh, qué palidez!

MATILDE.

(Se adelanta con vacilación, apoyándose en un velador inmediato a la puerta de la izquierda.)

Señor don Félix...

(Aparte.)

Yo muero...

¡Ah!

FÉLIX.

(La contempla con ansiedad un momento, y viéndola próxima a vacilar, se dirige a ella sin poder contenerse, exclamando.)

¡Matilde!

MATILDE.

(Dominando su turbación.)

¡Caballero!

FÉLIX.

(Retrocediendo y con tono frío y respetuoso.)

Señora, a los pies de usted.

MATILDE.

Fue un leve decaimiento...

Mas ya pasó... Por mi mal,

no estoy de salud cabal.

FÉLIX.

Perdone usted un movimiento

involuntario...

MATILDE.

Sí, sí.

Lo aprecio, aunque a la verdad

no había necesidad...

FÉLIX.

Repito que necio fui.

Tiempo ha que en mí con porfía

su injusto rigor se ceba,

poniendo así a dura prueba,

señora, mi cortesía.

Y aún más lo debo extrañar

dirigiendo mal mi grado

la memoria a lo pasado.

MATILDE.  
(Con fuego.)

¡Y lo osa usted recordar!

(Conteniéndose.)

Pero no es esta ocasión

de reproches...

FÉLIX.  
Bien lo sé.

Ni lo será para usted

jamás...

MATILDE.  
Tiene usted razón.

Mi capricho no halló traba

ninguna... anduve ligera...

rompí un lazo que debiera

respetar... pero no amaba.

Para mí...

(Aparte.)

¡Estoy en un potro!-

Llegó a la razón su vez...

FÉLIX.

No, porque a otro ama usted.

MATILDE.

(Sorprendida.)

¿Yo?...

(Reportándose.)

Sí, es verdad: amo a otro.

FÉLIX.

(Aparte.)

¡Y esto mi furor consiente!

MATILDE.

Pero el pasado olvidemos,

que antes, don Félix, tenemos

que tratar de lo presente.

FÉLIX.

¡De lo presente! Por Dios...

MATILDE.

Su sorpresa es natural...

tal vez me he explicado mal.

FÉLIX.

No hay presente entre los dos,

y aunque de mí tal se exija

y al presente acuda ahora,

¿de qué hablaremos, señora?

MATILDE.

¡Oh... hablaremos de mi hija!

¡Calla usted! ¿Sin duda alguna

usté ha llegado a creer

que yo le dejara hacer

de su galante fortuna

palenque mi propia casa?

¿Que vería indiferente

que a mi vista esa inocente

niña, de experiencia escasa,

fuera sin grandes fatigas

víctima de los engaños

de usted, que han hecho los años

ducho en galantes intrigas?

Lo creyó usted en mal hora,

que aunque yo olvide su guía,

¡no es mi hija mercancía

de libertino!

FÉLIX.  
(Ofendido.)

¡Señora!

MATILDE.  
Ya se ve; usted despechado,

en su ciego frenesí,

para vengarse de mí

no halló un medio más honrado

que el de herirme rencoroso

en mi prenda más querida;

¡oh, digna acción por mi vida!

¡debe usted estar orgulloso!

¿Y era usted quien blasonaba

de hidalguía y de nobleza;

el que erguida la cabeza

no ha mucho aquí reprochaba

mi conducta?... Sí ha un momento

yo misma me he condenado,

ahora de haber obrado

cual obré no me arrepiento.

(Después de una pausa.)

¿Y bien?

FÉLIX.

(Con calma.)

¿Usted ha concluido?

MATILDE.

Si, he concluido; hable usted.

FÉLIX.

¡Oh! si por cierto; hablaré...

Cuenta que usted lo ha querido.

Dos años de estrecha unión

contábamos sin que hubiera

ni la nube más ligera,

ya de hecho o ya de intención,

empañado el sol brillante

de nuestra felicidad...

¡Dos años, que a la verdad

fueron para mí un instante!

Cuantas pruebas inventar

pudo un cariño acendrado

ambos nos las hemos dado;

lo puede usted recordar...

MATILDE.

No ignoro esa relación;

pero ¿a qué conduce ahora

su recuerdo?...

FÉLIX.

Esto, señora,

es mi justificación.

Su mano usted me ofreció

sin demanda alguna mía;

mi corazón la admitía,

mi orgullo la rechazó.

Sin títulos, sin fortuna,

hizo mi empeño más fuerte

hasta el negarme la suerte

los privilegios de cuna.

Usted supo comprender

de mi escrúpulo el exceso,

y lejos de amenguar eso

nuestro amor... lo hizo crecer.

(Pausa.)

¿No es cierto?

(Matilde hace una señal afirmativa.)

Prosigo pues.

Pero usted tampoco ignora

que ese obstáculo, señora,

desapareció después.

Una herencia inesperada

me hizo rico; la barrera

que a mis votos se opusiera

contemplando ya salvada,

vengo en alas del deseo

a este sitio, en que creía

encontrar a la que había

dado a mi amor por trofeo

dos años que brevemente

pasaron de ardiente fe;

pero aquí no la encontré,

no, ¡porque estaba ausente!

Hallé otra mujer aquí

fría, orgullosa y altiva,

que mis caricias esquivaba;

que a mi ciego frenesí

con necios votos responde

de eso que amistad se llama;

que dice que no me ama;

que ya en su pecho no esconde

para mí más que desdén,

compasión y frialdad...

(Pausa.)

Esto también es verdad.

MATILDE.

(Con exaltación.)

¡Oh! ¿no acaba usted?

FÉLIX.

Pues bien.

Esa mujer que hasta aquí

he respetado en mal hora,

¡se atreve a hacerme, señora,

reconvenciones a mí!

¡A mí, a quien tanto agravió,

y a quien tanto daño ha hecho!

a mí, que tengo derecho

hasta a despreciarla...

(Matilde hace un movimiento.)

No,

no la desprecio, aunque leve

tal castigo a mi entender

fuera; pero esa mujer...

donde yo estoy, callar debe,

aunque hacerlo no le cuadre.

MATILDE.

(Aparte.)

Esto es demasiado ya.-

Bien, la mujer callará;

pero escuche usted a la madre;

pues si ella a usted engañó,

¿hay ley alguna que exija

que haya de pagar la hija

culpas que no cometió?

Su venganza en mí, que he sido

culpable, caiga en buen hora.

FÉLIX.

¿Y quién dijo a usted, señora,

que yo vengarme he querido?

MATILDE.

(Confusa.)

¡Al menos lo he sospechado!...

FÉLIX.

Tal sospecha es insegura...

El que amó a usted, ¿por ventura

de amar a otra está privado?

Revela en mí suponer

tan vengativo proyecto,

más que el maternal afecto,

la vanidad de mujer.

Y de una vez concluyamos,

señora, que ya es razón,

la penosa situación

en que los dos nos hallamos.

Si yo a Elena enamoré,

sin que sintiera mi pecho

mas que un celoso despecho

cuya causa sabe usted,

en su inocente candor

mis proyectos se estrellaron,

y a la razón se tornaron

calmando mi ciego ardor.

Voy por fin a revelar

sin disfraz, aunque lo siento,

señora, mi pensamiento.

Yo a Elena no puedo amar;

vanos mis votos han sido;

ya de ilusiones desierto

mi corazón está muerto.

MATILDE.

Entonces...

FÉLIX.

No he concluido.

Pero al tiempo que he avanzado

en su amistad, insensible

a aquel perfume apacible

que se respira a su lado,

ser no he podido. Mi estrella

lució en más grata bonanza,

una lejana esperanza

de dicha entreviendo en ella.

El fuego de la pasión

buscar en mí inútil fuera;

mas si una amistad sincera,

y si una honrada intención

pueden hacer la ventura

de esa niña encantadora,

tales prendas desde ahora

mi cariño le asegura.

Hay, señora, otra razón,

la más poderosa acaso,

para que sea este paso

casi en mí una obligación.

Mas si atenta usted me ha oído,

añadir más fuera en vano;

y la pido a usted su mano...

MATILDE.

¡Su mano!

FÉLIX.

Ya he concluido.

MATILDE.

(Con vacilación.)

¡Su mano!... perdone usted...

¡quién pudiera... imaginar!...

Usted no debe extrañar

que no conteste a mi vez

a su honrosa petición...

Yo celebrara infinito...

pero explorar necesito

de mi hija la intención...

Y como ella... le ame a usted...

(Viendo a Elena.)

¡Ah!

Escena IX

Dichos: ELENA. Al ver a Matilde se detiene.

FÉLIX.

Pues a tiempo ha venido...

ELENA.

Siento haber interrumpido...

MATILDE.

(Aparte.)

¡Oh, acabemos de una vez!

ELENA.

Me retiro...

MATILDE.

¡Qué locura!

hablando estamos de ti...

(Tomándola una mano.)

Vamos... acércate aquí...

ELENA.

¡Mamá! ¡tienes calentura!

FÉLIX.

¡Cómo!

MATILDE.

¿Yo? estás engañada.

Nunca tan bien me he sentido...

será el calor...

ELENA.

He creído...

MATILDE.

¡Aprensión!... esto no es nada.

Y extraño fuera en verdad

sentir yo tales efectos,

estando haciendo proyectos

sobre tu felicidad.

ELENA.

¡Qué dices!

MATILDE.

Sí, Elena mía.

Don Félix, que está presente,

me ha pedido formalmente

tú mano, y saber quería...

ELENA.

¡Cómo! no es posible, no...

FÉLIX.

Es la verdad...

ELENA.

¡Qué he escuchado!

MATILDE.

¿Serás feliz a su lado?

ELENA.

¡Qué eso me preguntes!

MATILDE.

(Aparte.)

¡Oh!

¡mal encubre su alegría!-

¿Con... que... le amas?...

ELENA.

¡Sí le quiero!

tú bien lo sabes...

MATILDE.

Sí... pero...

FÉLIX.

¡Qué escucho! ¿Usted lo sabía?

MATILDE.

(Con viveza.)

No, yo no sabía nada.

ELENA.

Sí, mamá; tiempo hace ya

que te lo he dicho...

FÉLIX.

(Agitado.)

¿Será

verdad?

MATILDE.

Estás engañada.

FÉLIX.

¡Hace tiempo!

(A Elena.)

¿Acaso ahora

recuerda usted cuándo ha sido?

ELENA.

Si por cierto... lo ha sabido...

MATILDE.

No, no...

FÉLIX.

(A Matilde.)

¡Silencio señora!

(A Elena.)

¿Cuándo, diga usted?...

ELENA.

¡El día

que de los baños llegó!...

FÉLIX.

¡Ah!

MATILDE.

No lo crea usted, no.

FÉLIX.  
¡Qué sospecha!

ELENA.  
(Sorprendida.)

¡Madre mía!

¡Don Félix!

FÉLIX.  
(En el mayor desorden.)

¡Oh! ya adivino:

¡qué he hecho, Dios mío! aclarar

necesito sin tardar

mis dudas!...

ELENA.  
Yo pierdo el tino.

¿Qué significa?...

FÉLIX.  
¡No, no busco en vano una certeza!...

no... ¡yo, pierdo la cabeza!

¡Ah! ¡este retrato!

(Sacando el retrato y abriéndole apresuradamente.)

¡Era yo!...

MATILDE.

¡Qué veo!

ELENA.

¡Cielos!

FÉLIX.

(A Matilde sin poder contenerse.)

¡Señora!...

MATILDE.

¡Nada crea usted!...

FÉLIX.

Sí, sí:

MATILDE.

¡Elena! ¡vete de aquí!...

ELENA.

¿Yo?

MATILDE.

Con don Félix ahora

tengo que hablar...

ELENA.

Pero...

MATILDE.

(Precipitadamente.)

Ve:

te lo mando... vete presto.

ELENA.

(Aparte.)

¡Oh! ¿qué significa esto?

MATILDE.

¡Vamos!

ELENA.

(Aparte.)

¡Mas yo lo sabré!

(Vase.)

Escena X

MATILDE, D. FÉLIX, luego ELENA.

MATILDE.

¡Vamos! ¿está usted contento?

¡Ya puede usted aplaudir

su victoria!

FÉLIX.

Resistir

no he podido ni un momento

más; y pues que se ha alejado

Elena...

MATILDE.

Se alejó ya,

cierto; mas con ella va

a sospecha... ¡Usted ha logrado

vengarse sin compromiso!...

¡Oh! ya se ve, no era nada

haber hecho desgraciada

a la madre... era preciso

que la hija también fuese

víctima; ¡sublime acción!

¡y tiene usted corazón!

FÉLIX.

¡Y qué quiere usted que hiciese!

Soy un miserable... sí:

soy un ciego... un insensato...

¡Oh, señora! ¿este retrato

por qué antes no le vi?

Todo lo comprendo ahora...

¡y usted ha sufrido paciente!...

perdón... yo estaba demente...

porque sepa usted, señora,

que mi pasión no ha cesado

de existir...

MATILDE.  
(Con fuego.)

¡Mentira!

FÉLIX.

¡Sí!

MATILDE.  
¡Mentira! ¿y osa usted aquí

recordar aún lo pasado?

¿Y osa usted hablarme en su abono

a mí que sufrí y callé,

y en silencio toleré

la amarga hiel de su encono?

Inútil el fingimiento

es ahora: puedo hablar,

y rienda libre dejar

a mi justo sentimiento.

Usted juzgó con razón

que honrado al satisfacer

a la madre, a la mujer

hería en el corazón.

De su importuna esquivéz

fuerza era tomar venganza...

¿Qué pesaba en la balanza

la pasión? ¡responda usted!

¿Es posible que la sienta

el que en su orgullo altanero,

al obstáculo primero

se irrita, se desalienta,

y la venganza acomete

con esos trasportes vanos

del niño a quien de las manos

arrebatan un juguete?

¡Y de ella hace usted alarde!

¿quien siente así la pasión,

o no tiene corazón,

o si lo tiene es cobarde?

FÉLIX.

¡Oh! ¡yo merezco, señora,

tales reproches: por eso

los sufro, aunque con exceso

me castiga usted ahora!

¡Yo no he sabido apreciar

a usted en lo que valía:

si, yo tal vez no debía

más que humillarme y callar!

¡Pero aún no soy de perdón

indigno: si usted supiera

la lucha terrible y fiera,

la espantosa agitación

de mi espíritu, al perder

la única dicha cumplida

que me hizo amable la vida!

¡Sabe usted lo que es tener

siempre fijo un pensamiento

en la memoria; tirano

que nos acosa inhumano

días y noches sin cuento!

¡Que no es mi pasión constante!

¡Decir puede si lo ha sido

tan solo el que la ha sentida

y la siente en este instante!

MATILDE.

¡Y Elena!

FÉLIX.

Elena, señora,

es un retrato viviente

de su madre: ella a mi mente

recordaba en cada hora

los rasgos mil que de usted

con tanta verdad trasladada:

su sonrisa... su mirada...

su expresiva sencillez,

todo recordar me hacía

otro objeto más amado;

y así al menos consolado

dejaba su compañía.

Pero después frente a frente

con la verdad me encontraba,

y a mis angustias tornaba

y a mis luchas nuevamente.

¡Oh! si hasta hoy su abnegación

sublime he desconocido,

¡también muy cruel ha sido,

señora, mi expiación!

MATILDE.

¡Y bien! eso ya ha pasado...

Usted tiene otro deber

que cumplir... retroceder

no es posible... Ya ha escuchado

Elena su petición...

Ella le ama a usted... yo quiero

su felicidad primero...

Con el tiempo esa pasión

se extinguirá... todo cede

ante su influjo tirano...

Usted ha pedido su mano,

y atrás volverse no puede...

De usted acción tan bastarda

no sospecho...

FÉLIX.

Y con razón...

Es la pena del talión...

un sacrificio me aguarda...

cumpliré la deuda mía...

(Elena sale y se adelanta hasta el medio de la escena, en donde, detenida por lo que dice D. Félix a continuación, permanece hasta que es vista por su madre.)

Pero antes quiero obtener

un favor...

MATILDE.

¿Y cuál?

FÉLIX.

Saber

si me amas todavía.

MATILDE.

(Asustada.)

¡Cómo!

FÉLIX.

¡Yo no puedo más!

¡Yo estoy loco!... ¡harto he callado!

nadie como yo te ha amado...

Dime si tú...

MATILDE.

¡No, jamás!

FÉLIX.

Sí, Matilde; al que en su anhelo

condena a morir la suerte,

antes de darle la muerte

no se le niega un consuelo.

Seré de Elena; seré

de quien tú quieras, lo juro;

pero antes pueda seguro

estar de tu amante fe.

Quiero saber si has guardado

en tu corazón memoria

de aquella risueña historia,

¡hoy triste porque ha pasado!

Esto valor me dará,

pues flaqueando ahora le ves,

y para siempre después

mi labio enmudecerá.

Matilde, ¿me amas?

MATILDE.

(Aparte. ¡Dios mío!

¡yo soy débil!) Por piedad...

calle usted...

FÉLIX.

No.

MATILDE.

Mi amistad...

FÉLIX.

Ese es un título frío

que rechazo... No, Matilde...

yo necesito otra cosa:

tú debes ser generosa...

lo serás... Rendido, humilde

te lo ruego... Yo reclamo

de ti el último favor

que dar puedes a mi amor...

MATILDE.  
(Con pasión.)

Pues bien, Félix, ¡yo te amo!

(Viendo a Elena.)

¡Ah!

(Queda inmóvil con la vista en el suelo don Félix retrocede dos pasos. Elena se adelanta silenciosamente y se coloca en medio de los dos.)

ELENA.  
(A D. Félix.)

¡Ya lo ha escuchado usted!...

Ella con pasión lo amaba...

¡Por mí se sacrificaba!...

FÉLIX.  
¡Elena!

ELENA.  
¡Todo lo sé!

Por mí ocultó su pasión...

¡Y yo, en cambio a su ternura,

el dolor y la tristeza

sembraba en su corazón!

Ahora la ve usted ahí,

la frente al suelo inclinada,

¡cuando debiera indignada

cebar su cólera en mí!

En mí, que no he merecido,

no, tamaña abnegación,

¡pues su noble corazón

leer hasta hoy no he sabido!

Yo, que la iba a arrebatar

la dicha, sin que sintiera

nada en mí que me advirtiera

que nos iba a separar

un abismo... y ese abierto

¡gran Dios! ¡por mi propia mano!-

-aunque la verdad no en vano

a tiempo se ha descubierto;

solo encuentra en su agonía

esfuerzo mi corazón

para decirla...

(Echándose a sus pies.)

¡Perdón,

y sé feliz, madre mía!

MATILDE.

(Levantándola.)

No, no, Elena: él te ama, sí:

en vano a ceder me obligas.

ELENA.

¡Oh! basta: ¿que eso me digas

sabiendo que estaba ahí?

MATILDE.

Perdona; es cierto ¡gran Dios!

tuyo no puede ser ya;

pero entonces no será

de ninguna de las dos.

Yo permitirlo no puedo...

Padecieras...

ELENA.

No, descuida:

a mi edad se ama y se olvida

fácilmente... Ya concedo

que don Félix me ha inspirado

al principio... una afición

extraña... pero en razón,

eso que amor he nombrado,

bien puede ser amistad.

¿Quién sabe si presentía

que en él un padre hallaría

y tú la felicidad?

¡Oh! si deseas mi bien,

mi voz escucha sincera:

¿cómo ser feliz pudiera

no siéndole tú también?

MATILDE.

No, tú me engañas.

ELENA.

Te juro...

MATILDE.

En obcecarme te afanas;

mas tus súplicas son vanas...

ELENA.

Pero si yo te aseguro...

MATILDE.

No te creeré...

ELENA.

Mas fío

que con la verdad palpable...

MATILDE.

No, Elena; es irrevocable

mi resolución.

ELENA.

¡Dios mío!

¡cómo obligarla podrá!

¡posible es que nada alcance

mi mente en tan duro trance!

Don Félix, tal vez ustedé

más feliz con ella sea...

FÉLIX.

No, Elena; aquí a mi pesar

sólo me toca admirar

y enmudecer...

ELENA.

(Aparte viendo a D. Pedro y al Vizconde, que entran por el fondo.)

¡Oh! ¡qué idea!

Escena última

MATILDE, ELENA, D. FÉLIX, D. PEDRO, el VIZCONDE.

PEDRO.

(Aparte.)

¡Cómo! ¡aquí juntos los tres!

ELENA.

(A D. Pedro.)

A tiempo usted ha llegado,

pues con ansia era esperado.

MATILDE.

(Aparte.)

¡Qué va a decir!

PEDRO.

Justo es

que yo sepa...

ELENA.

Sí, al momento,

Mamá, sin yo conocer

la razón, de proponer

me acaba...

PEDRO.

¿Qué?

ELENA.

Un casamiento.

(A Matilde.)

¿No es verdad?

MATILDE.

Es Cierto.... pero

¿no me has dicho?...

ELENA.

Ya he variado

de opinión...

PEDRO.

¿Y el agraciado

es digno?

ELENA.

Sí... un caballero

de prendas... es elección

de mamá... que diga ella...

MATILDE.

Cierto... no admite querella...

PEDRO.

Entonces mi aprobación...

Mas sepamos...

ELENA.

Mucho estimo

tan afectuoso interés...

PEDRO.

Sí, pero díme quién es

ese joven...

ELENA.

¿Quién?

(Dirigiéndose a dar la mano al Vizconde.)

Mi primo.

VIZCONDE.

(Sorprendido.)

¡Yo!

PEDRO.

¡No es posible!

MATILDE.

¡Qué dices!

ELENA.

(Al Vizconde.)

¿Estás contento?

VIZCONDE.

¡Pues no!...

PEDRO.

Pero... si ha poco me habló...

ELENA.

(Interrumpiéndole.)

¡Vamos a ser muy felices!

¿Verdad?

VIZCONDE.

¡Pero es inaudito!

¡Yo de placer estoy loco!

ELENA.

Nos amábamos...

VIZCONDE.

Sí... un poco...

¡qué digo! mucho... ¡infinito!

PEDRO.

(Aparte.)

¡No entiendo lo que aquí pasa!-

Habla, Matilde... no sé

por qué enmudeces...

ELENA.

¿Por qué?

porque ella también se casa.

MATILDE.

No... yo no me he decidido...

ELENA.

(En voz baja.)

¡Aún dudar puedes ahora!

MATILDE.

Mas...

FÉLIX.

Ya no hay medio, señora.

MATILDE.

(Dando la mano a don Félix.)

Don Félix, ¡nos ha vencido!

ELENA.

(Aparte.)

¡Que ella al menos sea dichosa!

PEDRO.

Con que tú también...

MATILDE.

Si a fe,

con tal que lo apruebe usted...

PEDRO.

No deseaba otra cosa.

ELENA.

Mis votos ya se han cumplido...

MATILDE.

¡Cómo pagarte podría!

ELENA.

Con tus brazos.

MATILDE.

¡Sí, hija mía!

(Permanecen abrazadas hasta al fin del acto.)

VIZCONDE.

(Restregándose las manos con satisfacción.)

¡Bien!

PEDRO.

(Aparte.)

¡Creo haber comprendido!

(A don Félix en voz baja.)

Por su madre se inmoló...

FÉLIX.

¡Silencio!

PEDRO.

¡En tan tierna edad!

¡Es un ángel!

FÉLIX.

¡Si en verdad!

PEDRO.

¿Será feliz?

FÉLIX.

¿Feliz? no.

PEDRO.

¿Y en qué fundar tal supuesto?

FÉLIX.

En que es un ángel le fundo:

los ángeles en el mundo

no están bien, y se van presto.

FIN DE LA COMEDIA

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



**editorial del cardo**